

ESTUDIOS HISTÓRICOS MÉDICOS.

I.



MEMORIA

SOBRE EL

JUICIO CRÍTICO

DE LA

MEDICINA ARÁBIGA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XV,

ESCRITA PARA EL CONCURSO DE PREMIOS DE 1868

DE LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID,

QUE LE ADJUDICÓ EL ACCÉSIT EN 25 DICIEMBRE DE DICHO AÑO:

POR EL

DR. D. JUAN BAUTISTA PESET Y VIDAL.

IMPRESA

POR ACUERDO DEL INSTITUTO MEDICO VALENCIANO.



VALENCIA,

IMPRENTA DE FERRER DE ORGA,

A ESPALDAS DEL TEATRO PRINCIPAL.

1878.



Juicio crítico
de la
Medicina Arábica Española en el siglo XV.

*Arabes in sophismata proni, Galeno
impense addicti, sumpserunt ex eo
philosophica, de medicis dogmatibus
parum solliciti.*

*(Andr. Piqueri. De Hispanorum me-
dicina instauranda Oratio. = Obras
póstumas. Pág. 189 y 190.)*

LA Medicina española, despues de admirar al mundo con sus variadas y sábias producciones, marchando al frente de la civilizacion, permanece de muchos años á esta parte anonadada por la inercia, y necesita vivos alicientes para recobrar su antiguo vigor. El hombre obra impulsado por móviles poderosos, y convencidas algunas corporaciones de esta verdad, ofrecen generosamente para discutir puntos oscuros de la ciencia premios ánuos, los cuales por su valor moral más bien estimulan la aplicacion de los profesores, que su codicia. Por una fatal desgracia los extranjeros consiguen los pocos, que nuestra Nacion saca á concurso, con desdoro de nuestro amor propio. ¿Es porque valen más? ¿gozan de mejores talentos? ¿recibieron

más completa educación, y en su consecuencia llegaron á adquirir un caudal de conocimientos, de que carecemos los españoles? Algo de todo ello podrá haber; pero antes de hacer confesion tan humillante, aunque lleve visos de candorosa, busquemos otra causa, que salve nuestra vergonzosa rusticidad. Dejando á un lado la modestia de nuestros médicos, cuya nota nos aplican compañeros autorizados y respetables de allende los Pirineos, que nosotros oimos con satisfaccion por lo que nos conviene, pero que yo no me atrevo á admitir por razones de fácil comprension; hallo una causa suficiente en la pereza característica de los españoles, de la cual salimos solo raras veces los que ménos valemus, para entrar en competencia con los buenos que concurren, siendo una derrota la consecuencia natural de nuestra audacia.

Abandonemos, pues, esa conducta indolente, que para algunos es una delicadeza mal entendida; acudamos repetidamente á las lides científicas, porque *gutta cavat lapidem, non bis, sed sæpe cadendo*, y mucho más cuando sean su objeto cuestiones de la historia de nuestra Medicina pátria, en las que seria mengua aguardar su resolucion de los extranjeros, como no es decoroso, que vengan los de fuera á poner órden y concierto en nuestras casas. Los amigos de los progresos de la ciencia, los amantes sinceros del engrandecimiento de la Medicina española, deben determinarse á esponer el fruto de sus estudios y meditaciones sobre el punto propuesto, principalmente cuando se le puede dilucidar con las garantías de un riguroso incógnito y sin esponerse á la vergüenza de un mal resultado. Dando, pues, el ejemplo, contribuyo con mi óbolo á levantar el edificio histórico, proyectado por esa ilustre Academia á instancias y espensas de los beneméritos patricios, señores Del Busto y Luque; y no dudo, que léjos de criticar severamente los trabajos que se la presenten, se complacerá en recibirlos con la benevolencia anexa á su saber y que tanto necesita este humilde ensayo.

Es una lamentable equivocacion creer, que el estudio de las ciencias médicas estriba solo en su conocimiento práctico, el cual se adquiere exclusivamente por el cultivo más ó ménos asídúo y profundo de los ramos que abrazan. Se funda principalmente, usando el lenguaje de un historiador de nuestra Medicina pátria, sobre el conocimiento de las fases, que hubieran presentado en el trascurso de los siglos, en el de sus épocas notables señaladas por sus acontecimientos y finalmente en la valoracion justa de los sistemas más ó ménos hipotéticos, más ó ménos razonables. De ellos resultó nuestra sublime ciencia, cuyos fines se dirigen á endulzar los amargos dias del sér más perfecto de la creacion; y por lo tanto bien merecen escitar nuestra curiosidad para inquirir su origen, los progresos, atrasos y revoluciones, que indujeron á hacer de ellos un detenido estudio, sobre cuya utilidad no insisto, por estar generalmente recomendada y admitida.

La Medicina, ciencia altamente benéfica y humanitaria, ha seguido para su desenvolvimiento todos los períodos de sus cohermanas: débil, en miniatura y apenas bosquejada en sus principios, creció con la edad, aumentando por el trascurso de los siglos el raudal mezquino de sus conocimientos; como riachuelo, á quien dá origen una fuentequilla, pero que recibiendo otros en su larga carrera, concluye por ser magestuoso y navegable rio ántes de llegar á su desembocadura. Guiada en sus adelantos por la antorcha radiante de la historia, brilla con la luz de la verdad, consecuencia segura de tan robusto apoyo; pues siendo los estudios históricos la base fundamental de los conocimientos humanos, aplicados á cada ciencia en particular la proporcionan visibles adelantos. El tema propuesto por los señores Del Busto y Luque, que apadrinó entre los de este concurso la M. I. Academia de Medicina y Cirugía de Madrid, demuestra, que quiere secundar las tendencias del siglo XIX hácia el estudio de la historia, que perfeccione el de nuestra ciencia; recordando de paso una de las épocas de mayor

decaimiento de las letras, que siguió á otra de las más brillantes y honrosas para nuestro pais y fué la precursora del siglo feliz, en que tuvo lugar la más útil restauracion de la medicina verdadera, hipocrática ó de observacion.

Pero debiendo entrar desde luego en el palenque científico, para resolver el punto propuesto sobre el *Juicio crítico de la medicina arábica española en el siglo xv*, empezaré dudando, si la medicina española del mismo siglo merecía, propiamente hablando, el nombre de arábica. Antes de todo voy á echar una mirada retrospectiva á la historia de nuestra ciencia, y por su necesario enlace con la general me haré tambien cargo de algunos acontecimientos políticos, que se sucedieron desde el siglo viii hasta el xv, objeto del presente juicio crítico. Los autores admiten unánimemente, que la irupcion de los bárbaros del Norte apagó casi por completo todas las ciencias, sufriendo los más rudos golpes el cultivo de estas, que hallaron solo en los cláustros un puerto de salvacion del naufragio universal que las amenazaba. Tres siglos despues y hácia igual época del viii, nuevas invasiones de otras asoladoras hordas desalojaron á los primeros de todo el territorio de nuestra Península con una celeridad, que pareció providencial, atrincherándose los restos fugitivos en las fragosas montañas del Norte, para resistir la ferocidad de enemigos victoriosos y contrarrestar algun dia su poder, volviendo con toda gloria á reconquistar lo perdido, despues de una incesante lucha de setecientos años, de la que no hay ejemplo en los anales del mundo. En ámbas épocas sufrió la medicina como las demas ciencias, y apenas daba señales de vida bajo la dominacion goda, hasta el extremo de haberse defendido en nuestros dias por un literato eminente, el Dr. D. Pedro Mata, que en el siglo vii no habia en España medicina ni médicos, en cuya tésis, si no faltan absolutamente las razones, hay sobra de exageracion. Pero cuando padeció

nuestra ciencia el más notable decaimiento fué á la conquista de los árabes, que casi la extinguieron, aunque afortunadamente para engrandecerla despues por la proteccion decidida y el buen gusto de los Califas reinantes.

En verdad, los árabes eran exclusivamente guerreros en la época de su invasion, y fanatizados ademas con la mision de propaganda que les cometi6 su falso profeta, y en tal concepto procuraron apagar las luces, harto mortecinas ya por el frio soplo de los bárbaros del Norte. Persiguieron á los sábios, á quienes temian para el desenvolvimiento de su secta, que evitando toda discusion, para ellos insostenible, solo buscaban su apoyo y fuerza en la espada; esterminaron cuantas fuentes de conocimientos hallaban al paso, y hasta quemaron sacrílegamente la rica biblioteca de Alejandría, depósito precioso de la ciencia universal. Efectivamente, los primeros Califas sucesores de Mahoma miraron con horror las ciencias y artes, cultivadas por los griegos y procuraban destruir hasta sus últimos gérmenes; pero la Providencia velaba por una de las joyas más primorosas del hombre y en sus altos fines habia determinado, que viniese el remedio de la misma enfermedad y que se encontrase el salvamento en la misma destruccion. Cuando los sarracenos incendiaron la biblioteca de Alejandría nadie podia preveer, que estos insensatos serian por el tiempo sus más cultos y apasionados amantes, y que por un templo que arruinasen á las letras les habian de levantar despues mil domicilios suntuosos, en que les ofrecieran la más augusta veneracion. En tan borrascosa y aciaga época cualquiera pronosticaría la desaparicion de las ciencias, perseguidas sin tregua por enconados enemigos; y sin embargo, ellos las recogieron con ánsia y sirviéndoles de esplendoroso faro, marcaron el derrotero á su embarcacion próxima al naufragio. No buscaremos en un exagerado celo por la propagacion de su secta causas atenuantes del feo borron, que pesa sobre la fama de Omar, cuando dispuso el incendio del precioso monumento literario Alejandrino; aunque igual hecho y por

el mismo motivo tuvo lugar en Roma por decreto del santo y sábio Gregorio Magno, al ordenar la quema de la biblioteca, que los Emperadores romanos reunieron junto al Capitolio. Hallamos bastantes motivos para disimularles su anterior persecucion á las letras en el decidido gusto hácia su cultivo, que luego manifestaron todos los príncipes musulimes y en la constante proteccion que las dispensaron, honrándolas ellos mismos con un estudio asídúo. Para borrar la mala impresion, que aun pudiera conservar esta página de su historia, recuérdese la carta, que Mamun, Emperador Máximo de los árabes, dirigió desde Bagdad al que lo era de los cristianos Miguel III, sobre quien habia conseguido algunas victorias, la cual escrita en los términos más humildes, atendida la soberbia de los Califas, le honra demasiado por sus deseos de cultivar las ciencias y la proteccion que ofrecia á los sábios.

En medio de ese entusiasmo general de todos los príncipes árabes por la ilustracion, fué España sin duda el pais privilegiado entre cuantos dominaron los sarracenos, donde adquirieron mayor desarrollo las ciencias, especialmente la medicina, que consiguió los mayores lauros desde el siglo x al xii, en que obtuvieron el Califato de Córdoba los tres Abdelrraman y Alhakasem. Este último fundó en su Capital la más célebre Academia de Occidente, y no se exagerará si añadimos tambien del Oriente, inclusas las de Bagdad, Bassora y Damasco, dotándola de una biblioteca numerosa y selecta y demas elementos de instruccion. Los españoles entre tanto, sojuzgado su pais por las armas musulmanas y sometido á los rigores de su despotismo, encontraron el mayor alivio para su opresion y un eficaz consuelo de las aflicciones de su esclavitud en el cultivo de las letras, que conseguian del comercio y trato con sus enemigos; segun se deduce de lo que escribió Alvaro Cordobés en su *Indículo luminoso* á mediados del siglo ix, y posteriormente el arzobispo D. Rodrigo y casi todos los pocos escritores cristianos de aquellos tiempos. Ciertamente, en el estado

en que los árabes encontraron las letras, hicieron un grande beneficio, sacándolas de la deplorable abyección en que yacían y promoviendo por todos los medios su renacimiento, pudiéndoseles atribuir con razón, que fueron el origen de nuestra cultura, aunque anterior, entonces perdida. En aquella época solo España acogió la medicina, dedicándose nuestros paisanos á su estudio con el mismo afán que á su reconquista; y desde ella se estendieron las primeras luces, que habían de disipar las densas tinieblas de la ignorancia europea. A la predilección con que se atendió á la enseñanza de las ciencias médicas y demás naturales se debe, que en el siglo xi se las llamase *studia sarracenorum*, segun dice Freind; de modo que aun no teniendo otro mérito los árabes, que el haber sido depositarios de las ciencias, abandonadas por los europeos y trasmitírnoslas despues, son acreedores á nuestro reconocimiento y gratitud.

No obstante cuanto antecede, es muy difícil formar exactamente un juicio crítico de la medicina arábica en general, que unos literatos exageran y otros deprimen en demasía, surgiendo los más encontrados pareceres y renovándose los partidos, en que siempre se dividieron para dar la preferencia á los antiguos ó á los modernos, á los patricios ó á los extranjeros. Los eruditos Boherave con su anotador Haller, Muratori y Montucla, recomiendan su lectura y cultivo; los doctos bibliotecarios de la Real de Madrid, en su Dedicatoria de la obra de Casiri, les ponderan como origen de donde dimanaron todos los conocimientos; el abate Andrés y Romero se declaran sus entusiastas paladines, y los historiadores de nuestra medicina pátria pregonan á una voz los inmensos beneficios que les debemos. Por otro lado, hace más de cuatro siglos, que el padre de la literatura moderna, Francisco Petrarca, pronunció el fatal decreto de que no podia esperarse ventaja alguna de la lectura de los árabes ni de la adquisición de sus conocimientos, cuya voz autorizada se llevó

en pos la mayoría de hombres sábios. Siguiéronle formando su eco los célebres Juan Luis Vives, Renaudot, Freind, Bruckero y hasta el erudito D. Andrés Piquer, acusando á los árabes de traductores ignorantes y sofistas, de sistemáticos, que depravaron el buen gusto y corrompieron los verdaderos conocimientos científicos. Un término medio entre ámbas opiniones enunciadas es el que se acerca á la verdad, pues hubo en ellos cosas dignas de alabanza y otras de vituperio; debemos agradecerles su obra y condolernos de los medios, y por lo tanto han procedido á criticarles sus detractores con alguna injusticia. Los árabes, tuvieron, como los demas pueblos, sus tiempos de barbarie y de ignorancia, pero despues se ilustraron de modo, que pocas naciones pueden gloriarse de tantas luces y tanto celo por los buenos estudios, como el que demostraron por espacio de muchos siglos. Cuando entre los griegos cayeron las ciencias en el más profundo olvido y solo existian algunos gérmenes en las bibliotecas; cuando las naciones de Europa se hallaban divididas, ocupadas en destruirse y sumidas en la mayor barbarie; los árabes las atraian con su proteccion, las daban honroso asilo y las cultivaron con empeño, comunicando generosamente á los demas el depósito de conocimientos que adquirieron.

Me he referido en cuanto antecede á la medicina arábica española de siglos anteriores al xv; pero es preciso concretar á este el juicio crítico, que es el objeto esclusivo de la discusion, en la que no puedo declararme tan favorable, si he de ser consecuente con la idea enunciada al principio. En efecto, yo creo que en dicha época no era la medicina española arábica propiamente tal, existió ántes en el estado más brillante relativamente á la barbarie é incultura de las demas naciones; pero en el siglo xv era la medicina hispana *arabista*, es decir, habian sustituido á los médicos árabes sus sectarios ó partidarios; quedaban las consecuencias de la medicina árabe degenerada,

y sus profesores merecieron el nombre de *arabistas*. El estado esplendoroso de la medicina árabe en España corresponde á los siglos X, XI y XII, en los cuales se elevó á su apogeo como ástro resplandeciente, que enviaba sus vivas luces en todas direcciones; pero fué perdiendo sus brillos sucesivamente hasta eclipsarse por completo. Esta es la marcha general observada siempre en los varios países, donde tuvo su cuna é incremento la civilización, enseñándonos la historia, que ofrecieron mil vaivenes y alternativas en consonancia á las necesidades y acontecimientos de la época, para no caer en el completo aniquilamiento y seguir la marcha progresiva, que en bien de la humanidad dispuso la Providencia en sus altos fines. Aun debe estrañarse ménos, que sucediese así en la nación árabe, que sin elementos ningunos de instrucción, ni antecedentes que hicieren preveer su alta misión de civilizadora, solo contaba como títulos unas victorias inesperadas y un dominio absoluto sobre zonas considerables de países privilegiados, con la abundancia de recursos y todo género de satisfacciones que son consiguientes.

Haciendo una comparación más ó ménos propia, yo considero á esta raza como un esquife, que presentándose casualmente en alta mar á la visita de una embarcación magestuosa, la encuentra malparada, haciendo agua á toda prisa y esperando su irremediable naufragio, y salva por momentos á su tripulación y restos, hasta que la suerte depare otra nave poderosa para seguir su bonancible travesía. Todos los conocimientos adquiridos por el hombre se hallaban en la primera embarcación, que se iba á pique por los rudos golpes de los bárbaros del Norte; los árabes representan el esquife providencial donde se acogieron los restos momentáneamente, pues en la marcha de la eternidad no tienen otro carácter unos pocos siglos, librándolos del inminente naufragio para entregarlos en salvo á otra nave más vigorosa, y que á mi juicio lo fué la raza cristiana,

restaurando los anteriores estudios y cultivándolos con asiduidad hasta el renacimiento de las letras, que empezando en el siglo xiv, adquirió algún desarrollo en el xv y se completó en el siguiente. Navegando en el esquife, pudieron encontrar islotes desiertos y otros más ó ménos incultos y silvestres; pero las ciencias no abandonan de repente á quien las tributa su veneracion y rinde obsequioso culto; ni dejan á las academias estudiosas y ávidas de saber, hasta que otras les hacen proposiciones ventajosas y dan pruebas de aplicacion y respeto.

Precisamente sucedió así en aquellos tiempos, pues saliendo los españoles godos de sus reducidos límites y estendiéndose por dilatadas comarcas usurpadas por los árabes, las reconquistaron victoria sobre victoria durante los siglos xii al xiv hasta arrinconarles en el reino de Granada, al que habian de abandonar tambien en el inmediato, y de un modo definitivo. Las victorias traen en pos todas las glorias; y miéntras los árabes humillados perdian el gusto hácia las ciencias y artes y solo pensaban en defender un territorio, al que miraban como propio, los cristianos constituian sus dos célebres reinos de Castilla y Aragon, protegiéndolas á porfia y cultivándolas sin descanso. Aunque estos gérmenes procediesen en parte de las academias árabes de Córdoba, Toledo y Sevilla, reconocian tambien su origen de antiguos restos de conocimientos, conservados en los cláustros del Norte de la Península, del comercio literario sostenido con otras naciones cristianas, especialmente de su centro romano y de los médicos judíos, que se establecian lo mismo en uno que en otro campo, siendo por su especial pericia y reputacion los encargados de la asistencia de las personas reales y de más alta gerarquía. En tal estado de cosas era natural, que la raza latina se emancipase del dominio literario de la árabe, á la que habia de mirar con recelo, separándose cada dia más por sus antiguos y fundados ódios y por el fanatismo de sus creencias religiosas, cuyas visibles muestras

se percibieron desde el siglo xiv á los gritos de Petrarca y se declararon en el siguiente.

En efecto, el siglo xv históricamente considerado fué el más importante de las ciencias y de la civilización, el período de la reacción científica, contribuyendo varios acontecimientos á cambiar su faz y particularmente la de la medicina, de los que nos ocuparemos con brevedad ántes de hacer su esposición. Entre los que fueron más ó ménos favorables figura hácia el año 1430 el arte de imprenta, uno de los descubrimientos más útiles y beneficiosos á la sociedad, planteándose luego en nuestra Nación en algunas de sus poblaciones y ejerciendo un saludable influjo para el progreso de las ciencias; pues el entusiasmo naciente hácia su cultivo exigía multiplicidad de copias de libros, que además de sus errores costaban mucho dinero y no eran asequibles á la generalidad de los estudiosos. Por otra parte, obligados los griegos á abandonar su pátria despues de conquistada Constantinopla por Mahometo II en 1453, se refugiaron hácia los países occidentales, especialmente Italia y dieron un fuerte impulso al estudio de los autores antiguos griegos, facilitando el conocimiento de su doctrina por las obras que ellos mismos importaron; con cuyo motivo fueron médicos celebres españoles á oírles y perfeccionándose en su lengua pudieron luego distinguir las diferencias de las copias originales y las traducciones del árabe. De modo, que el descubrimiento de la imprenta y la erudición griega cambiaron el aspecto de las ciencias y particularmente de la medicina, aunque no se les deba atribuir su renacimiento, como afirmaron algunos literatos, puesto que empezó ya en el siglo anterior ántes de usarse las obras impresas y de que sucumbiese el Imperio griego. Otras circunstancias se combinaron también para el desarrollo de las ciencias, que por la menor importancia para este siglo de las unas y el fatal influjo de las otras, me concreto á mencionarlas, ocurriendo todas casi á su terminación; tales fueron entre las primeras el des-

cubrimiento del Nuevo mundo, la presentación de la sífilis, ó cuando ménos la nueva forma que adquirió, y entre las segundas la marcha de los árabes españoles á la otra parte del Estrecho. No produjo menores daños la espulsion de los judíos, decretada por los reyes católicos en 1492 despues de la toma de Granada, saliendo en su consecuencia de toda la Nacion cerca de un millon de habitantes, que trasportaron á otros puntos tesoros inmensos, y lo que es más sensible, un rico filon científico en sus buenas cabezas y bibliotecas.

Espuestos estos antecedentes, voy á emitir el juicio crítico de la medicina arábica española en el siglo xv, y debo empezar repitiendo, que el imperio árabe desmembrado por los reyes de Aragon desde el siglo xiii de Mallorca y Valencia, y por los de Castilla, de Córdoba y de Sevilla; fué perdiendo sucesivamente la mayor parte de su territorio, quedando reducido en el siglo xv únicamente al reino de Granada, donde acabó para siempre su dominacion en 1492, despues de ocupar toda ó la mayor parte de la Península por espacio de siete siglos. La medicina y todas las ciencias perdian su esplendor entre los árabes en relacion con sus derrotas, abandonando su cultivo y dedicándose esclusivamente al ejercicio de las armas, tan opuesto á aquellas; y no podian pensar en otra cosa, atendida la constante lucha en que se hallaban envueltos. Es una ley antiquísima y muy natural, que un pais sojuzgado adquiere en seguida los usos y costumbres, el estado de civilizacion y hasta las ideas religiosas de los conquistadores; por lo tanto, del mismo modo que en el siglo ix solo ansiaban los españoles los estudios arábigos, ahora fueron perdiendo todo su prestigio, á medida que el cristiano vencedor se posesionaba de sus antiguos dominios. La literatura árabe sufrió las mismas vicisitudes, á que se habian visto sujetas la griega y la latina, y al fin decreció el buen gusto hácia los estudios por su decidida aficion á las disputas frívolas y sutilezas dialécticas, que habian

sustituido á las cuestiones útiles é importantes. Una dominacion tan larga deja siempre huellas profundas y no se borran sus indelebles vestigios; así es que despues de la época floreciente de los árabes en España y cuando ya ofrecian la mayor decadencia, seguia la Europa entregada aun á sus impertinentes sofisterías. Hasta el siglo xvi siguieron los médicos estrictamente las reglas consignadas en los autores árabes y arabistas para el tratamiento de las enfermedades; pero conocida mejor la lengua griega, empezaron á notar desde luego, que su doctrina se hallaba en manifiesta contradiccion con la de Hipócrates y demas médicos antiguos, y en su consecuencia se les abandonó para siempre, impugnándoles rudamente.

Este es un sitio oportuno, que aprovecho para manifestar la poca razon de algunos críticos de los últimos siglos al decir, que Galeno ha tiranizado la medicina por espacio de más de 1,400 años, habiendo compartido su imperio Avicena casi la mitad del tiempo, que si en su fondo era galenista, en nada se le parecian las formas, y distaba mucho de aquel por su menor erudicion, inferiores conocimientos médicos y diversos resultados prácticos. No se esplica fácilmente este fenómeno, pues la obra de Avicena no es la de más mérito de los árabes, pero era bastante completa sobre casi todos los ramos del arte de curar, y esta circunstancia le aseguró el imperio esclusivo en todas las escuelas de la edad media, cuyos médicos, acostumbrados á obedecer ciegamente á personas de fama y autorizadas, miraban con desconfianza las innovaciones. Perdido el hábito de pensar en aquella época, estaban dispensados de hacer estudios sérios é investigaciones prolijas, puesto que el Canon de Avicena contenia la mayor parte de cuanto dijeron los árabes y casi lo mismo de los griegos, aunque algo desfigurado, no pudiéndose consultar á estos por la general indolencia é ignorancia de su lengua. Ciertamente habia otras obras mejores de los mismos árabes, especialmente las de Rasis, pero escritas con

la mayor confusion y desórden quedaban muy inferiores á la de Avicena, en la cual reinaban el mayor método y sencilla esposicion.

Todavía agregaré otras consideraciones en globo, dirigidas á la medicina árabe en general, á su valor científico y á los defectos de que adolecia, las cuales servirán mucho para formar el juicio de la arábica española en el siglo xv, que procediendo completamente de aquella dió sus últimos y apagados destellos. Dos circunstancias principales opusieron grandes obstáculos al desarrollo de la medicina entre los árabes, aun en la época más floreciente de su cultura, á saber, el pesado yugo del despotismo que les oprimia y la natural indolencia, acompañada de ridículas supersticiones emanadas de su dogma, en cuyo fondo el pensar era un crimen, volviéndoles enemigos de cuanto exigia esfuerzos intelectuales. De todas las ramas del árbol médico, precisamente la más necesaria, como que es su base; la anatomía fué la ménos cultivada por los mahometanos, que se creian contaminados por la diseccion de los cadáveres, prohibiéndola su religion en muchos de sus dogmas. No fueron sin embargo, tan puntuales observadores de otros preceptos, que abrumándoles con el fatalismo y fiándolo todo á la Providencia, vedaban ejercer la magia y demas artes divinatorias; así es que la astrología, la alquimia y la uroscopia eran sus estudios preferidos y se conciliaban perfectamente con su gusto, dedicándose una gran parte de médicos árabes á la nimia observacion de las orinas. No por otra razon la semeyótica patológica fué la parte de la medicina, que cultivaron con más cuidado, porque les lisongeaba su gusto por lo maravilloso en el arte profético, contribuyendo á fortalecer su reputacion; pero ensalzando la uroscopia hasta el extremo de degenerar en el charlatanismo, admitieron con frecuencia signos supersticiosos y no comprendian bien su verdadera significacion morbosa.

Tambien descuidaron mucho la observacion, antepo-

niendo las varias minuciosidades de la teoría y las sutilezas de la dialéctica á los resultados prácticos de la experiencia y admitiendo historias fabulosas, que pasaban de un escrito á otro sin comprobar jamas la verdad. Por esta causa, por su ignorancia en la botánica y necias creencias en los demas ramos de historia natural, era muy inferior su terapéutica, reducida principalmente al abuso de las sangrías y al supérfluo uso de las inertes piedras preciosas, que los árabes prescribian á menudo. Ordinariamente no conocieron las plantas, cuya descripción hacian copiándola de otros autores, resultando de esa confusión un caos en sus nombres; por lo tanto sus remedios consistian en agentes desprovistos de eficacia, ó en composiciones la mayor parte absurdas, formadas por un conjunto de sustancias inconexas. No se estrañe, pues, que esclamase Leoniceno, uno de los médicos del siglo xv, que más contribuyó á sacudir el despotismo de los árabes: «Desgraciado el enfermo, á quien el médico formado por el estudio de los árabes manda remedios segun Mesue ó Serapion.»

Por último, la cirugía, hija de la anatomía y basada en la experiencia, tampoco pudo progresar entre ellos por su aversión á los cadáveres y un pudor mal entendido, que limitaba su ejercicio á un círculo muy estrecho, no permitiéndoles descubrir ni inspeccionar las partes ocultas del bello sexo, por lo que relegaron una gran parte de su práctica á las mujeres. Aun en la época más floreciente de los árabes, cuando sobresalieron algunos como Avenzoar y Albucasis, que cultivaron el estudio de la cirugía y hasta se atrevieron á operar, se veia vilipendiada esta parte interesante de la ciencia, y creian los médicos deshonrosa é infamante su práctica. El padre de Avenzoar, otro de los médicos más reputados de su tiempo, trató de oponerse á que ejerciese esta la cirugía, diciéndole; que «los grandes médicos ne deben ejecutar las operaciones quirúrgicas, si aspiran á merecer honra y celebridad entre sus compatriotas y entre las gentes distinguidas de los pueblos.» Pero entusiasta el

hijo de un ramo tan positivo y seguro, como necesario y benéfico, fué el primer médico árabe que reunió y cultivó ambas partes de la ciencia de curar, sin temor al ridículo ni á las supersticiones de la época, *por recreo y amor del arte*, segun dice el mismo en su obra (a), añadiendo luego: «he seguido y seguiré siempre este camino, por »más vil y despreciable que parezca á los médicos.» Para rehuir estos su ejercicio, escudándose en ciertas preocupaciones, encargaron por una parte á las mujeres la asistencia de los partos y sus consecuencias, y el tratamiento de las varias enfermedades de los órganos sexuales; y por otra favorecieron la creacion de una clase de cirujanos ignorantes, dedicados á dos especialidades, unos á las enfermedades de los ojos, que pudiéramos llamar oculistas, otros á la estraccion del cálculo vesical por medio de la talla, segun se deduce de la obra del referido Avenzoar.

El desprestigio de la cirugía entre todas las clases de la sociedad, inclusa la médica, no arredró á Albucasis, apellidado con justicia el principal cirujano de los árabes, para su cultivo y práctica, dedicándose al efecto con empeño á los estudios anatómicos, sobre los cuales basó su tratado de cirugía, pues segun dijo, no puede ejercerse por quien no esté bien enterado de la naturaleza, sitio y relaciones de las partes. No obstante la pericia de Albucasis por todos reconocida y de su esmerado cultivo de la anatomía, abandonada y defectuosa en su tiempo, prefirió la aplicacion del cauterio, economizando lo posible el instrumento cortante, cuyas incisiones, segun decia, *tienen más inconvenientes que aquel*. De la lectura de su apreciable obra se desprende, que á pesar de la fama de cruel y atrevido, adquirida entre sus contemporáneos, tuvo muy poca confianza en los instrumentos y no mucha en los cauterios, su remedio soberano y favorito, los que únicamente empleaba en casos desesperados. En resúmen: los pocos ciru-

(1) Tratado 5.º, cap. 1.

janos árabes, que se conocieron aun en los tiempos más felices de su floreciente medicina, repugnaron hacer operaciones á no haber suma necesidad, sustituyéndolas por la cal viva y los cáusticos más violentos para las afecciones rebeldes, por los unguentos y bálsamos para las heridas, por las cataplasmas de yerbas aromáticas para las úlceras, por los astringentes para las hemorragias, por la compresion y otros medios más ó ménos ingeniosos para las demas enfermedades.

Se deduce claramente de lo espuesto, que ni la proteccion de los califas, ni la multitud de academias y bibliotecas, ni el prodigioso número de escritores, mejoraron el estado de la ciencia bajo la dominacion de los árabes, siendo muy pocas sus obras médicas en las que se encuentren ideas filosóficas, investigaciones hechas con gusto y descubrimientos nuevos de grandes verdades desconocidas ántes. En realidad no eran sino simples copistas de lo peor de los médicos griegos, cuyas opiniones siguieron ciegamente, vacilando solo para la eleccion, la que debió recaer naturalmente en Galeno, que les ofrecia un cuerpo de doctrina completo, adoptándola tal vez sin conviccion y por ahorrar trabajo. Fácil será la prueba comparando las obras de unos y otros, y sirviéndonos de ejemplo Rasis, que desde luego confiesa su completa adhesion á Galeno, porque las diversas opiniones de los antiguos le confundian sus ideas; su patología es enteramente idéntica á la del médico griego, combinada con algunos principios del metodismo, y lo mismo es aplicable á su teoría sobre la fiebre. Es verdad que conocia los principios hipocráticos sobre la coccion, las crisis y los dias críticos, apoyando en ellos su doctrina y siguiendo los preceptos del anciano de Coo sobre el régimen de las enfermedades agudas; pero usa con reserva de los purgantes, que teme produzcan irritacion del tubo intestinal, mientras prodiga las sangrías y recomienda los remedios más ridículos. No merecen mayor encomio sus ideas quirúrgicas, aplicando como los demás médicos de su

raza la teoría de las cualidades elementales hasta para el uso de los emplastos y unguentos, según creía al cuerpo seco y la parte húmeda, ó por el contrario. Ateniéndose á ridículas y antiguas prácticas, redujo las fracturas y luxaciones por medio de máquinas, y dió los más horrorosos consejos para facilitar el parto, encargando frecuentes y fuertes sacudimientos y aun la mutilación del feto cuando no se determinaba su salida.

Los médicos árabes sabían muy poco de historia natural, por consiguiente cometieron á menudo muchos errores, de los que Avicena presenta el mayor número, confundiendo hasta los mismos simples. Serapion escribió las mayores inexactitudes sobre las propiedades del ámbar, diamante, piedra bezoar, asfalto y otros minerales, añadiendo tales maravillas sobre su origen, sitio donde se encuentran y demás particularidades, que bastan para demostrar su credulidad é ignorancia y para desconfiar de cuanto han dicho los árabes sobre historia natural. Las mismas ideas emitidas en estos autores sobresalen más ó menos en todos sus compañeros, á la mezcla de lo malo y lo bueno, perteneciendo en su mayor parte á las obras de la antigüedad; escepto la descripción de las viruelas, enfermedad que data de su época y esponen con toda exactitud, y el uso del agua fría que recomiendan para varias dolencias, especialmente agudas. Una salvedad honrosa de la anterior crítica merecen algunos de nuestros españoles, el profundo filósofo y médico Aberroes, el práctico sagaz Abenzoar, el diestro cirujano Albucasis y el célebre naturalista Albeytar; cuyas obras de mejor gusto que las demás, ofrecen no escasa instrucción, aunque se resientan también de sutilezas y confusas teorías.

Imitando á estos modelos se formaron los médicos del siglo xv, y si no todos en su mayor parte permanecieron en el mismo estado, tan empíricos é ignorantes como sus antepasados, sus entusiastas y ciegos sectarios, adoradores supersticiosos de sus ídolos árabes, sin saber otra cosa de

muchos años atrás, que traducir, hacer notas y comentarios, ilustrar y compendiar de varios modos las obras de aquellos. De su decadencia se resintió notoriamente la medicina española, y si algunos ó hablando con más propiedad todos los historiadores la incluyen en la época árabe, porque verdaderamente no se emancipó por completo de su dominación hasta los últimos años del siglo, sería más lógico llamarla *arabista*, pues la mayor parte de España se hallaba libre de las armas sarracenas, aunque su literatura siguiese sometida á la degenerada de aquellos. De todos modos no fué el siglo xv una página brillante de nuestra historia, le creo de transición, el límite natural entre la medicina árabe y la restauración de la griega ó de observación; una verdadera tregua, en fin, entre el decaimiento á que había llegado para los árabes del anterior siglo y la sorprendente actividad que se desenvolvió en el siguiente, entrevista é inaugurada ya en el siglo xv, llamado con propiedad del renacimiento. No se puede ofrecer mejor prueba, que la reseña de los médicos que escribieron algunas obras, la clase y mérito de estas y el cultivo de las ciencias médicas en dicho siglo; según las noticias que se pueden adquirir de nuestros historiadores médicos, de las Bibliotecas de D. Nicolás Antonio, de Casiri y de otros bibliógrafos de varias provincias.

Segrego del personal facultativo los que no son árabes, de los cuales me ocuparé luego en globo aunque someramente, á saber: Bernardo Médico, Maestro Cobo, Guillermo Aventurer, Gomez de Cibdareal, Alfonso Chirino, Alcanys, Gutierrez de Toledo, Pedro Pintor, Gerónimo Torrella y su hermano Gaspar, Francisco Villalobos, anónimo de la obra *Epilogo de medicina y cirugía conveniente á la salud*, y el del *Llibre apellat Macer*, que más bien fué una traducción del antiguo *Macer Macri*, del tiempo de los romanos y posterior á Caton y Plinio á quienes cita, aunque Gonzalez Sámano le cree original del siglo xv, y por último, á Fr. Vicente Búrgos, que

vertió al español la obra de Bartolomé Anglico *De proprietatibus rerum*. Después de tan considerable rebaja en un siglo tan pobre, nos quedan los siguientes médicos, que espresaré bajo numeración para hacer luego las apreciaciones necesarias, esponiendo de paso sus producciones científicas, sobre las cuales me refiero á los manantiales de donde adquirí las noticias, no habiendo visto ninguna de ellas, pues solo existen manuscritas entre los preciosos códices del Escorial y otras Bibliotecas célebres.

1.º Mase-Zbu-Obaidalla, fué un *judío*, de Córdoba, y pertenece propiamente al siglo XIV, en cuyos últimos años nació, escribiendo luego una obra puramente galeñista, dividida en dos partes, tratando en la primera de lo que ántes se llamaban *Institutiones medicæ*, y en la segunda de higiene y cirugía, patología y terapéutica de varias enfermedades.

2.º Izchag-Abarbanel, conocido por Leon hebreo, era *judío*, y habiéndose retirado á Lisboa por la espulsion decretada en 1492, escribió una obra muy estimada y traducida á varias lenguas, con el título *Diálogos de amor*.

3.º R. Jahagob-Mantenu, era tambien *judío*, que nació á últimos de este siglo y del que solo se sabe, que fué español, médico muy célebre y que tradujo del árabe al latin las obras de algunos autores clásicos.

4.º R. David-Vidal-Ben-Selomoh, fué igualmente *judío*, célebre talmudista, y poeta, pero no consta que escribiese de medicina y sí mucho de su religion.

5.º Alfonso Alcalá, *judío*, converso en 1492 y se halla en el mismo caso que el anterior, no constando tampoco que escribiese sino obras religiosas.

6.º El autor anónimo de la obra *Regia medicina práctica Castellæ*, que aparece escrita en 1414, pero que debe corresponder á siglos anteriores, sabiéndose que era un *judío*, natural de Toledo y que asistió como médico de cámara al rey D. Fernando IV, hijo de D. Sancho el bravo, siendo todavía muy jóven.

7.º Un códice de los manuscritos de la Biblioteca de Madrid, del que habla Chinchilla (*a*), en el que se incluyen varias obras, que para su propio uso escribió García de la Estrella en 1424, y son las siguientes: *Del secreto de la medicina*, tratado conocido con el nombre de *Camino para la medicina*, su autor Abubekia-Mohoma-Ben-Zacaría-El Rasis; otro tratado *Del uso de la fruta*, y otro libro *Del uso del vino*, ámbos del mismo autor; otro *De las cualidades de los manjares, verduras, frutas, carnes, leche, de las partes de los animales, de los escrementos, etc.*, su autor Jahia-Ben-Mesue; *Cánones de una parte de la medicina práctica*, del cordobés Abu-Amraan-Musa-Ben-Oberdallah, judío; varios fragmentos de obras y la *Medicina práctica Elcashtali Elmoluki*, escrita en Toledo en 1414.

8.º Una obra de la Biblioteca del Escorial, que Casiri señala bajo el códice núm. 865, en el que se hallan reunidas cinco, de las cuales corresponde la primera á un médico judío español, Isaac-Ben-Harun-Schelmon, que la escribió en Guadalajara en 1425 para el uso de su hijo Moyses, con el título de *Virium alimentorum memoria*, en la que se trata de la naturaleza y propiedades de los alimentos.

Para evitar repeticiones emitiré en seguida mi juicio sobre el personal, que he incluido en el anterior párrafo, analizando por partes lo que deba corresponder á la medicina propiamente árabe, y desde luego aparece reducida á cero, aunque por lo general se la confunde con la hebrea ó judía, mucho más antigua y que se puede decir su madre, separada una de otra por sus creencias religiosas, costumbres y demas condiciones sociales. Se sabe fijamente que todos son judíos y no hay un solo escritor de pura raza, pero aun así hemos de segregarlos del siglo xv los que pertenezcan á otros; y empezando por el núm. 1.º

a Anal. de la med. española, tom 1.º, pág. 88.

de quien solo Chinchilla me ha facilitado sus apuntes biográficos, corresponde al siglo anterior. No se encuentra ninguno de nombre parecido en los demas historiadores de nuestra medicina patria, y probablemente aludirá el referido Chinchilla á un judío cordobés, de quien se ocupa Casiri bajo el núm. 863 en el año 1380 de la Era hispana, ó sea ántes de mediados del siglo XIV, y que Hernandez Morejon (a) muda el nombre en el de R. Mose-Abdalla; pues otro médico llamado Obaidalla, de quien habla más adelante (b), era de Zaragoza y murió á principios del siglo XIII. Igualmente se ha de segregar el núm. 6.º, ó sea el judío de Toledo, cuyo nombre se ignora, autor de la obra *Regia medicina práctica Castellæ*, que floreció en el siglo XIII y la debió escribir cuando más tarde en el siguiente; segun se deduce de la misma obra páginas 109 y 110, cuya cita conserva Casiri en su apreciable obra al describir el código 888. De los incluidos bajo los números 2.º, 4.º y 5.º, consta, que nada escribieron de medicina, de manera que solo nos restan los números 3.º, 7.º y 8.º, que son simplemente traducciones ó copias coleccionadas de autores de otros siglos.

Respecto al código del núm. 7.º debo manifestar, que si no es equivocada la noticia que nos trasmite Chinchilla, y se encuentra verdaderamente tal como le describe en la Biblioteca de Madrid, hay otro casi idéntico en la del Escorial, que coloca Casiri bajo el núm. 888 en su *Biblioteca Árabeto-Hispana Escorialensis*, que comprende diez producciones distintas bajo otros tantos números. En el primero de ellos incluye la obra citada repetidas veces del judío anónimo Toledano del siglo XIII, que es propiamente una topografía médica de Castilla; y en los sucesivos las obras que espresa en dicho número el mencionado Chinchilla y que escribió para su uso un tal García,

a Tom. 1.º, pág. 98.

b Pág. 176.

hijo de Juan de Estrella ; pero son simples copias de otras, que corresponden á siglos anteriores y en su mayor parte de médicos árabes, como Avicena, Aly-Alabas, Mesue y otros de época muy lejana. Iguales reflexiones son aplicables al códice, que he incluido bajo el núm. 8.º, pues el mismo judío Isaac-Ben-Harun-Schelmon, que dice haberla escrito en 1425 para el uso de su hijo Moysés, confiesa, que es un extracto de las obras de Galeno, Honaino, Rasis, Avenzoar y otros autores antiguos y modernos, y por consiguiente se reduce á una simple copia de las mismas. Por último, no he creído oportuno añadir otros dos códices de la Biblioteca del Escorial, que nos describe Casiri, bajo los núms. 798 y 868, porque además de ser simples copias corresponden al siglo anterior, estando escritos en los años 1413 y 1425 de la Era Hispana, ó sea en los 1374 y 1386 del nacimiento del Señor. Uno de ellos comprende tres obras diferentes de Galeno y un compendio de medicina segun los principios del mismo, escrito por Abu-Amran-Moysés-Ben-Abaidalla-Ben Maimon, de Córdoba ; que probablemente será el que incluyo bajo el núm. 1.º y que Morejon ofrece con distinto nombre aludiendo tal vez al mismo ; y el otro es un extracto de varias sentencias de Hipócrates, Galeno, Avicena, Rasis y otros, que escribió para su uso un médico judío de Toledo, llamado Isac Astilagi.

Si por estos antecedentes se comprueba la escasez del personal facultativo en el siglo xv, durante el cual no descuella ninguna figura recomendable, natural es deducir el insignificante valor de sus producciones científicas y el abandonado cultivo é infeliz atraso de los principales ramos de la medicina. Es preciso confesar, que los estudios anatómicos eran desconocidos en nuestra Nacion en dicho siglo ; sobre cuya materia no habia tratado alguno español, no obstante que casi todos nuestros historiadores médicos hayan asegurado lo contrario ; entusiasmo pátrio disimulable, que á las veces ofuscó su buen criterio para ensal-

zar la medicina española, que ni en este ni en otro concepto era inferior á la extranjera. Carecen de pruebas satisfactorias las cláusulas siguientes, que escribió uno de ellos, Gonzalez Sámano (a): «La anatomía, por más que »algunos mal avenidos con nuestras glorias pretendan »oscurecerlas, la anatomía, decimos, se cultivaba en el »siglo xv en nuestro suelo con tanto esmero cuando mé- »nos, si es que no fuere con más, que en las otras nacio- »nes. Nuestros médicos de la época, sin embargo de las »cortapisas, que las creencias religiosas presentaban á sus »buenos deseos, conservaron aficion á este ramo de la »ciencia. Los escritos de sus predecesores por una parte, »y la enseñanza que de este ramo se prestaba desde el año »1240 en la Universidad de Palencia y despues en la de Sa- »lamanca, la sirvieron de núcleos para cimentarla más. »Si aun en medio de todo alguno no quedase convencido, »recuerde el privilegio de que hemos hecho mérito, con- »cedido á la Cofradía de S. Cosme y S. Damian de Zara- »goza, y añadan á él, que no solo concedió el Rey esta »autorizacion á los médicos exclusivamente, sino que »impuso la pena de *mill soldos al que osare poner em- »pacho en su autorizacion.*»

Para contestar al primer párrafo, recuérdese solo que en Italia se hacian desde el siglo anterior disecciones de cochinitos y hasta se abrieron cadáveres en el siglo xv, aunque no con la frecuencia y el detenimiento que exige el estudio anatómico, que de todos modos era floreciente respecto al de nuestro pais y toda Europa. Sin afirmar ni negar, que nuestros paisanos conservasen aficion á este ramo de la ciencia, son muy triviales y vagas las pruebas que se aducen en favor de su cultivo, pues no hubo escritos de los predecesores escepto las simples nociones de las obras de Galeno, que nuestros árabes y arabistas copiaban en las suyas, cuando les convenia, ni

a Comp. histor. de la med. española. Pág. 175.

consta tampoco que en Palencia se practicasen autópsias.

Parece positivo, que el Santo rey, D. Fernando III decretó la fundacion de una cátedra de anatomía en la Universidad de Palencia hácia la época citada del año 1240, que luego se trasladó á la de Salamanca por disposicion de D. Alonso el Sabio; pero ni aun se sabe si llegó á funcionar, y es muy seguro que no se enseñaba prácticamente por medio de las disecciones. El que no quede satisfecho con estas reflexiones, ménos se convencerá aun por los resultados de un privilegio para hacer autópsias en la Cofradía de S. Cosme y S. Damian de Zaragoza, espedido al terminar el siglo, que llevado á efecto no debió ofrecer resultados hasta los tiempos sucesivos, correspondientes á la época más brillante de la medicina española, y cuyo documento apreciable solo prueba cuando más, que no se permitian las autópsias anteriormente. Por estas razones no hizo progresos hasta el siguiente siglo la cirugía, relegada en España entonces á los barberos, aunque hubiese en la Universidad de Salamanca una cátedra de anatomía con aplicacion quirúrgica y un maniquí para la enseñanza de los vendajes, todo lo cual era bien poca cosa para sus adelantos.

Tampoco se conoce ningun tratado de fisiología en este siglo, en el cual únicamente miraron con alguna preferencia nuestros médicos el ramo de la higiene, no habiendo apenas obra, que no tratase del arte de conservar la salud y prolongar la vida, imitando como en todo á sus antecesores los árabes. Como ellos tuvieron tambien abandonada la buena observacion é importaron á nuestra ciencia las célebres formas sustanciales de las escuelas, dando lugar á mil ficciones importunas, que ocasionaron dudas impertinentes y cuestiones frívolas sobre la coccion y sobre la esencia de la malignidad, confundiendo la causa con el efecto, de todo lo cual puede cualquiera enterarse con solo leer á los autores arabistas, aun de los siglos XVI y XVII. Con sus fomes de putrefaccion, *focus putredinis*, con

sus partes mitentes y recipientes y otros términos escolásticos de ninguna significacion, embrollaron el lenguaje médico, malearon la buena doctrina de las enfermedades y se apartaron del conocimiento de su verdadera causa; cuyos abusos sobresalian en las calenturas, sangrando repetidamente hasta en las pútridas para combatir fingidos duendes de sus vanas hipótesis, sin desengañarse por los resultados de la duracion, pertinacia y gravedad que aumentaban á proporcion del número de las sangrías. En lo demas de la terapéutica regía una polifarmacia complicada y perjudicial, despreciando el cultivo de los principales ramos de la medicina y queriendo abarcarlos todos sin hacer su estudio, á cuyo objeto se dedicaban solo á reunir y copiar cuanto escribieron los árabes, resultando de ello un plagio y la malversacion del tiempo. Hallaremos la prueba recorriendo las pocas obras escritas por los arabistas del siglo, en las que solo hay un lio de sutilezas por la multitud de divisiones puramente escolásticas y fastidiosas, suma distancia de los sabios consejos de los médicos griegos, tenaz apego á la parte teórica de Galeno maleada por Avicena, y las extravagancias más ridículas para la curacion, copiadas de unos á otros pero sin crítica de las obras de Garrioponto, Gaddesden, Pedro de España y otros. Apenas se encuentra alguna, donde no se aconseje el aguardiente como medicamento maravilloso, que se deba emplear para todo, donde no se recomienden las sangrías como necesarias en Navidad y dañosas en S. Juan, en ciertas fases de la luna y movimientos ó presentacion de otros astros; donde no se encargue acudir al rey de Inglaterra para curarse de las escrófulas y se preconicen los excrementos de cerdo, como el mejor remedio para detener toda clase de hemorragias, y otras mil patrañas tanto ó más absurdas que las referidas.

Como se copiaban unos autores á otros sin discernimiento, todas sus obras son muy parecidas y se vuelven monótonas por reducirse en su mayor parte á comentarios

y esplicaciones violentas de alguno de los principales árabes. Sirva de ejemplo la obra de Aventurer, extractada de Avicena, Rasis y otros; la Cirugía rimada del maestro Cobo, que les copió estrictamente, las de Gerónimo Torrella, que comentó á Avicena, y en fin, todos los escritores de la época, como sucede aun en la obra de Julian Gutierrez de Toledo, que escribiéndola en contestacion al Comentario 9.º de Almanzor de otro compañero sobre la mayor conveniencia del uso del vino tinto ó blanco para preservar del mal de piedra, se resiente mucho del arabismo, acumula autoridades y citas, especialmente de autores árabes y así se acomoda al gusto general de aquel tiempo.

He tenido la admirable paciencia de hojear una mitad de las obras referidas á dicha época, y todas me han parecido iguales y merecedoras del anterior juicio, y he leído á mayor abundamiento algunos autores arabistas de diferentes siglos, condoliéndome luego del mucho tiempo invertido en tan inútil lectura; pudiendo citar como ejemplos, que tal vez sean los mejores entre ellos, á Juan Arculano, que escribió en Italia á mediados del siglo xv una obra comentando el libro 9.º de Almanzor, *Arculani: de febribus et ad Avicenam*, y la de un español del siglo xvi, escrita contra los árabes por Jacquino de Ampurias, con el título *Jacchini Emporensis: Comentariorum ad Rhazem*; ámbas en 4.º mayor, y de mucha y fastidiosa lectura. A la mezcla de estos comentarios introducen las ficciones astrológicas, cuya afición heredaron de sus antepasados los árabes; y algunos de los mejores médicos del siglo escribieron verdaderas colecciones de obras de astrología, como Gerónimo Torrella, del que se conocen las siguientes: *Opus præclarum de imaginibus astrologicis*.—*De motu celorum*.—*Opusculum, seu quaestiones*.—*De fluxu et refluxu maris*.—*Opusculum pro astrologia adversus comiteram de concordia Mirandulanum*. En fin, á falta de buenas obras originales abundaban las traducciones, que indicaban la decadencia y el

mal gusto de la época, mereciendo una de ellas los honores de ser la primera de medicina que se dió á la imprenta, cuando se estableció en España tan útil descubrimiento, siendo la afortunada la de Valesco de Taranto, que trata *De la epidemia y peste*, vertida al castellano por Juan Villa, en Barcelona, en el año 1474. Veinte años despues Fr. Vicente Burgos tradujo igualmente al castellano la obra de Bartolomé Anglico, *De las propiedades de las cosas*, muy parecida á una Enciclopedia, con aspiraciones de reunir todos los conocimientos de su época, destinando la mayor parte de sus libros ó tratados á la medicina é historia natural, pero de escaso gusto y ménos utilidad.

En vista de lo espuesto, se puede asegurar que los médicos arabistas del siglo xv, puesto que los árabes ya no existian, ó cuando ménos carecemos de señales de su existencia, eran por lo general muy empíricos y nada adictos á la medicina racional, polifármacos y poco observadores de los fenómenos morbosos, desentendiéndose por completo del poderío de la naturaleza. Así es, que Alfonso Chirino, médico del rey D. Juan II, se vió precisado á escribir una obra para enseñar á sus compañeros el valor, que debian dar á la multitud de remedios y al empirismo; y lo mismo se deduce de los Problemas morales de Villalobos, en los que critica á los que todo lo querian curar con purgantes y recetas. Sin embargo, era un defecto tan general de la época, que la misma obra de Chirino intitulada *Menor daño en la medicina*, solo puede considerarse como un monumento histórico, que nos representa las tendencias del médico de entonces hácia la polifarmacia, adoleciendo y mucho del vicio que queria reprender á sus contemporáneos; pues no menciona una enfermedad ni nombra un síntoma, para el cual no aplique su remedio, y describiendo apenas el diagnóstico de los varios afectos, se entretiene en proponer contra ellos más y más fórmulas.

Lo propio sucedia con los cirujanos de dicho siglo, ara-

bistas exagerados tambien, que imitando á sus antecesores los árabes aplicaban sin cesar remedios, operando rara vez y eran muy entusiastas de los unguentos y de los bálsamos, que creían idóneos para limpiar y cicatrizar y dotados de eminentes virtudes, como se deduce de las pocas obras que se conservan de entonces, especialmente de la del Maestro Diego Cobo y Guillermo Aventurer. No conozco estas obras, que se conservan inéditas en la Biblioteca del Escorial, y se refiere mi juicio á las escasas noticias que sobre ellas emiten algunos literatos; pero la pobreza en este ramo se demuestra por la falta de impresiones, campeando únicamente la traduccion hecha por Fr. Vicente Búrgos de la obra de Bartolomé Anglico, correspondiente al siglo anterior. De los diez y nueve libros que comprende solo el quinto está dedicado al cuerpo humano y partes que lo componen, ó sea, á una incompleta anatomía, y el séptimo que trata de las enfermedades invierte ocho de sus capítulos en la descripcion de las apostemas, úlceras y pústulas, de la sarna, lepra y mordedura del perro rabioso; admitiendo divisiones y subdivisiones ridículas, esplicando los afectos y sus causas por hipótesis imaginarias é insostenibles, y aconsejando tratamientos vulgares é ineficaces, ó complicados y peligrosos.

Por falta de datos y noticias exactas, no me es posible reseñar satisfactoriamente el estado de la cirugia española en el siglo xv, pero siendo una de las partes integrantes del arte de curar, es indispensable para cumplir el programa, que se refiere al juicio crítico de la medicina de dicho siglo. Relegada entonces á los barberos, no podian ciertamente perfeccionarla unos hombres tan ignorantes, que ni aun sabian leer y escribir, y creyendo los médicos rebajarse en dignidad y crédito, si ejecutaban las operaciones, quedó enteramente abandonado su estudio y desprestigiada su práctica. En tan cortas líneas condenso cuanto puede decirse respecto á la cirugia del siglo xv, de cuyo ejercicio no solo se resintió España sino toda la Europa,

rebajándolo hasta la deshonra y prohibiendo á las familias de sus profesores el ingreso en clases respetables y aun en la de artesanos, pues para aprender un oficio se exigia la llamada *certificacion de limpieza*, en la que constase ser hijo de padres honrados, de legítimo matrimonio y de una familia, á la cual no hubiera pertenecido ningun barbero, bañista, pastor ni desollador. Entre los médicos de otros paises, que sobresalieron en dicho siglo por sus conocimientos quirúrgicos, figura el italiano Leonardo Bestapaglia, el cual para darse mayor realce y por su ódio á los barberos, abandonó totalmente las operaciones, proscribiendo las unas y reemplazando las otras con el uso de los cáusticos, vendajes compresivos y diversos medios.

En fin, como una prueba de la escasez de cirujanos en Europa se cuenta, que Mateo Corvin, rey de Hungría, herido en una batalla en el año 1468, hubo de apelar á medidas extraordinarias para encontrar un cirujano que le curase, ofreciendo públicamente colmarle de honores y riquezas; por cuyas promesas inducido Hans de Doekenbourg, cirujano de Alsacia, fué á la Hungría y despues de curar al rey regresó cargado de bienes. Todavía conservaron los cirujanos en el siglo xvi una repugnancia invencible á las operaciones, miéntras se manifestaban muy apasionados de las más complicadas máquinas, usando por lo general de los aceites, bálsamos y unguentos, como remedios favoritos. Silvático y Juan de Vigo, cirujanos de los más esclarecidos de Italia, abandonaban á los charlatanes y barberos la práctica de las operaciones más difíciles y peligrosas, como la talla, el trépano, las hernias y la catarata, haciéndose célebre la familia de Norsino, en Milan, por su habilidad en el arte de la litotricia. Con tales antecedentes ¡pobre cirugía! despreciada por los pocos que pudieran representarla dignamente, invadida por una turba de ignorantes, que profanaban su ejercicio y envilecida por una sociedad preocupada; se atempera á las circunstancias desfavorables y no se abate por los contratiempos. Por su

valor intrínseco y por la necesidad de sus servicios, le espera un risueño porvenir, á pesar de su oscuro pasado y triste presente, y pronto brillará su luminoso astro para el bien y el consuelo de la humanidad, para el progreso de la ciencia de donde procede, aunque se la arrojó de su seno, y para honra y lustre de los profesores que la miraron con tanto desden.

Para final de mi tarea voy á esponer sus corolarios, á condensar en corto número de líneas el *juicio crítico de la medicina arábigo-española del siglo xv*. Dueños ya los cristianos desde el siglo XIII de casi toda la Península, empezaron á dedicarse al cultivo de las ciencias y entre ellas la medicina, de la que conservaban buenos gérmenes de su anterior trato con los judíos, con los árabes y con los extranjeros, que acudían á sus estados importando el movimiento científico, que se desenvolvía en Italia; mientras los sarracenos hubieron de abandonar el estudio y atender solo á las necesidades de una guerra nacional contra su usurpacion, que sostenían con empeño. La medicina española no podía llamarse con propiedad árabe en el siglo xv: el ástro del Oriente, la media luna sarracena se habia eclipsado y no presentaba el menor brillo: la historia no nos conserva médicos árabes, que sobresaliesen por su cultivo á la medicina: su nacion ántes pujante y esplendorosa ocupaba simplemente una reducida zona de nuestra Península, que con estraña terquedad é indecible apego defendía palmo á palmo, hasta que en el año 92 se vió obligado á rendirse y emprender su viaje al otro lado del mar, llevándose entre sus equipajes algunos restos, que conservaba de su antiguo valimiento. En rigor la historia de nuestra medicina patria ofrece en dicho siglo un interregno ó largo período de transicion de la época de los árabes que ya habia terminado, á la del restablecimiento de la verdadera medicina de observacion, que se preparaba con lentitud y se desenvolvió en el inmediato siguiente. España solo abrigaba entonces una inmensa mayoría de mé-

dicos arabistas, ó sean, seclarios degenerados de las doctrinas de sus antecesores, cuyos defectos conservaron, desprendiéndose de algunas de sus buenas cualidades. En efecto, ni tenían el gusto al estudio de aquellos, ni cultivaron los ramos á que dieron preferencia; por el contrario, abandonaron los restos de la antigua observacion hipocrática, que habian adoptado con el fárrago de Galeno y de los últimos médicos de la envilecida Grecia. En una palabra: permanecieron tan indolentes para el trabajo como los árabes, siendo simples traductores ó copistas unos de otros; y tan activos como ellos para las disputas de cuestiones sofísticas, impertinentes y supersticiosas, y para obrar de ligero y con el terrible fárrago de la polifarmacia en el tratamiento de la enfermedad más sencilla. Esto no obstante, hubo en dicho siglo algunos genios fuertes y despreocupados, aunque en corto número, que cansados de tanta sutileza y algaravía, aspiraban con el estudio de las obras de Hipócrates y su escuela á que la medicina volviese al verdadero camino de la observacion; preparando, de consuno con los médicos de otros países, la época del renacimiento de la medicina hipocrática, que hizo célebre á nuestra patria desde principios del siglo xvi, llamado el *siglo de oro* de la medicina, imponiendo la ley á todo el mundo con las armas y las letras.

M. I. S.

Hubiera preferido que fuese objeto de este trabajo una de las muchas páginas brillantes de nuestra literatura patria, para no verme obligado á deprimir su mérito científico, reseñando la medicina del siglo xv; pero el entusiasmo de nuestras glorias no me ofusca hasta el extremo de ensalzarlas un quilate más de lo que creo justo, faltando á mis convicciones. A fuer de historiador imparcial he debido sacrificarlas en aras de la verdad; y aun cono-

ciendo las dificultades que envuelve el *Fiet Aristarchus* de Horacio, tal vez no me haya colocado en el término medio de la crítica, quizás me habré revestido de demasiada severidad. Pero á pesar del rigor con que trato á nuestra medicina patria, sirve de lenitivo la idea de que en dicho siglo se resintió la de todas las naciones, esforzándose heroicamente sus médicos más ilustrados para salvarla de la ruina, en que la habian sumido las disputas impertinentes y las prácticas ridículas y supersticiosas de los árabes. Ni puede tampoco decirse, que carecia de gloria un pais, que en tiempos anteriores consiguió ser el emporio de las ciencias, su principal depósito y el encargado de propagarlas por el mundo conocido, hallándose además en vísperas de adquirirla inmarcesible é imperecedera en el siguiente siglo. He llegado, pues, al fin de mi cometido, que doy por terminado sin las pretensiones de haberle resuelto satisfactoriamente; porque creo, que el juicio crítico de la medicina española del siglo xv y el de la época goda son las cuestiones más árduas y oscuras de nuestra historia patria. La dificultad del asunto pondrá á salvo mi torpeza é influirá en el ánimo de los sabios, que componen esa M. I. Academia, para que acojan benévolos este trabajo y le aprueben con su proverbial indulgencia, en gracia siquiera de los buenos deseos de —*Un aficionado á los estudios históricos de la medicina española.*



ESTUDIOS HISTÓRICOS MÉDICOS.

II.

Recuerdo apologético de Luis Collado.



RECUERDO APOLOGÉTICO

DE

LUIS COLLADO.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SESION INAUGURAL EXTRAORDINARIA,
DEDICADA AL OBJETO EN 12 DE OCTUBRE DE 1878,

POR EL

DR. D. JUAN BAUTISTA PESET Y VIDAL,

SOCIO FUNDADOR Y VICE-PRESIDENTE DEL INSTITUTO MÉDICO VALENCIANO,
LAUREADO POR EL MISMO CON TODOS SUS PREMIOS.

PUBLICADO
POR ACUERDO DE LA CORPORACION.



VALENCIA,
IMPRENTA DE FERRER DE ORGA,
Á ESPALDAS DEL TEATRO PRINCIPAL.

1878.



RECUERDO APOLOGÉTICO
DE
LUIS COLLADO.

*Et beati profecto sunt populi, qui
sciunt bonos viros sua esse muni-
menta, et non turre neque muros,
sed sapientium virorum sapientia
consilia.*

*(Hipp. Senatui populoque Abderita-
rum.)*

DICHOSA es una nacion cuando llega á comprender el valor de sus hombres sabios, y feliz el pueblo que, conociendo su mérito, busca en sus consejos prudentes y acertada direccion el buen régimen y gobierno, que necesita para su engrandecimiento y brillante porvenir. Esta verdadera máxima, que sirve de epígrafe al presente discurso, fué vislumbrada desde la más remota antigüedad, habiéndola consignado el padre de la Medicina en la *Epístola*, que en contestacion dirigió al Senado y pueblo de Abdera, segun aparece en la Coleccion Hipocrática, aunque se dude con fundamento de su carácter genuino, como de algunos otros libros, que en aquella se contienen.

De cuanto enaltece á un pais haciéndolo célebre y superior á los demas, nada puede darle tanta gloria y fama, como el haber tenido muchos hijos renombrados por su sabiduría, que aviven la emulacion de las generaciones sucesivas, entrañándolas el amor á las ciencias. Ni la bondad del clima y la suave temperatura del aire, ni la fertilidad del suelo y la riqueza de sus cosechas, ni la industria floreciente, las facilidades para el comercio y abundancia de cuantos artículos exigen el regalo y la comodidad, bastan para engrandecer á un pais, si le faltan hombres sabios, que formen su reputacion y provean á todas las necesidades de la vida con el filon inagotable de sus conocimientos. Valencia tan fecunda en producciones no lo fué ménos en célebres y eminentes hijos, dotados por lo comun de una imaginacion viva y creadora y de claro talento, que otros pueblos pudieran envidiarla. Notoria es la abundancia de ingenios valencianos en todos los tiempos debido, si no á la dulzura de su apreciable clima, á la benignidad del Todopoderoso; y en todas las épocas fué nuestro pais tan pródigo de varones ilustres y esclarecidos en los diversos ramos del saber humano, que me seria imposible ofrecer un catálogo completo.

El Dr. Luis Collado es uno de tantos y muy acreedor al justo recuerdo, que nuestro Excmo. Ayuntamiento le consagró por unanimidad y á propuesta del Sr. Alcalde, su Presidente, en sesion del 2 de Enero último, dedicándole la nueva plaza, que resulta en esta Capital del derribo de la antigua *Lonja de aceite*, que ostentará en lo sucesivo el honroso título de *Plaza de Collado*. Era una deuda pendiente con un paisano ilustre, y al satisfacerla hemos procedido como buenos patricios, que respetando á nuestros antepasados y agradeciendo sus servicios, damos á conocer á uno de los muchos sabios, que en Medicina como en las demas ciencias hubo, reclamando para ellos las consideraciones, de que se hicieron merecedores.

El Instituto Médico Valenciano, que no desperdicia oca-

sion para rendir los justos homenajes, que son debidos á las notabilidades médicas del pais y del extranjero, especialmente á las primeras, con quienes nos ligan estrechos lazos de fraternidad patria; se hizo eco de tan nobles sentimientos, no solo aplaudiendo la idea y elevando sus plácemes y enhorabuena al espresado Municipio por su oportuno pensamiento, sino tambien acordando dedicar una sesion conmemorativa al preclaro médico valenciano, que tan alto se encumbró en el siglo xvi. No se crea, sin embargo, que la Corporacion le habia relegado al olvido; pues agotada ya hace muchos años la tirada de diplomas de Socio del Instituto para acreditar su efectividad y clase resolvió, que figurasen en la nueva los retratos de Luis Collado y el de su contemporáneo y paisano, el no ménos renombrado Juan Calvo, que autorizasen uno de sus documentos más solemnes. La Junta directiva, encargada del cumplimiento de sus acuerdos, dispuso en sesion del 2 del pasado, que se destinase al objeto una extraordinaria en este mes y me designó para leer el discurso inaugural del recuerdo á Luis Collado; cometido, que satisfago en el dia de hoy, señalado por la Junta general de 5 de los corrientes. Al confiarme la Corporacion, por las muchas bondades y deferencias que siempre me guardó, un cometido embarazoso en demasía, lo admití solo por un sentimiento de patriotismo y esperándolo todo de la benevolencia nunca desmentida de mis consocios.

La nombradía y celebridad del Dr. Luis Collado son tan justas, como unánimemente admitidas por los historiadores patrios y extranjeros, prueba irrecusable de sus merecimientos; pero no por eso amenguan mis apuros y dificultades para dar una idea biográfica y bibliográfica del esclarecido médico, á quien dedica el Instituto esta festividad conmemorativa. No podré empezar la apología y loas de nuestro héroe valenciano con el estrepitoso preludio y á són de guerra del célebre Virgilio al entonar su elevado y sublime *Arma virumque cano*, porque no me refiero á

varon ilustre por sus hechos de armas, sino por su riqueza científica y de sentimientos humanitarios. Entusiasta y respetuoso admirador de la numerosa pléyade de sabios valencianos, daré cuatro pinceladas sobre uno de sus principales corifeos, que floreció en el siglo XVI, nombrado el *Siglo de oro de la Medicina*, y cuya fama debió ser bien merecida según los encomios y las alabanzas, que le dispensan cuantos escritores se han ocupado de él.

Para salvar hasta las apariencias de parcialidad apasionada, pasaré por alto el honroso panegírico de todos los historiadores modernos de la Medicina, pero aduciré en prueba y sin exageraciones de ningún género el juicio favorable y unánime de sus coetáneos y de los siglos sucesivos. Gaspar Escolano (a) le llamó «el primero entre los médicos de España y más en anatomía y noticia de yerbas;» Fray Cristóbal Moreno (b) «gravísimo y doctísimo, que en su tiempo pudo llamarse *Príncipe de todos los médicos*;» el Dr. D. Vicente Ximeno (c) «doctor en medicina, que ganó para sí los créditos más sublimes, y uno de los sugetos que más han mirado por el aprecio de esta facultad y honor de sus profesores.» Fr. Miguel de S. Josef (d) le consideró como «célebre doctor en medicina, mayor que su misma fama;» el Dr. Ortí (e) «uno de los más insignes médicos de esta Escuela;» Jaime Segarra (f) «honor y gloria de los valencianos, por no decir de toda España,» y en fin, por su celebridad en Medicina y el cultivo, que prestó en su siglo al estudio de la botánica, mereció de Cabanilles (g), que le dedicase una planta con el nombre de *Colladoa*. Hé aquí bosquejado al grande hombre, que voy á exhibir; y en efecto, Luis

a Hist. de Val. Tom. 1.º Ind. letr. C.

b Vida del B. Nicolás Factor. Pág. 285.

c Escrit. del R. de Valencia. Tom. 1.º pág. 164.

d Bibliograf. Tom. 3.º pág. 236.

e Memor. hist. de la Univer. de Val. Pág. 199.

f *Comment. Galen. De natur. hum. in præfat.*

g *Icones*. Tom. 5.º pág. 37.

Collado, correspondiendo á su apellido y elevándose á la mayor altura en la república de las letras, en su esfera particular de sabio y profundo médico, adquirió inmarcesibles laureles y los más honoríficos títulos, que le hicieron acreedor á la gratitud de la sociedad, escribiendo muchas y muy buenas obras, ejerciendo con acierto, con decoro y entusiasmo su profesion benéfica y trabajando toda su vida en provecho de la humanidad.

No consta fijamente la fecha de su nacimiento, y aunque todos los historiadores, copiándose unos á otros, la determinan como cosa averiguada á los últimos años del siglo xv, pudo muy bien ocurrir á principios del xvi, en cuya época debió suceder, á mi parecer, habida cuenta del tiempo en que floreció, en el que obtuvo sus más honoríficos cargos y escribió sus apreciables obras, impresas desde el año 1555 al 1572. Tampoco se tienen noticias de su familia y posicion social, ni de su fallecimiento, lo cual prueba evidentemente, que el hombre se acredita en primer término y más bien por sus obras, que por sus ascendientes y prosapia, y que la historia reconoce como principales títulos las prendas morales é intelectuales, para esculpir en sus indelebles páginas los hechos que trasmite á la posteridad. Solo se sabe con exactitud, que nació en Valencia, manifestando desde su juventud el talento singular de que estaba dotado y el noble orgullo, con que revestia todas sus acciones y pensamientos; que estudió en su Universidad las humanidades y la filosofía, en las cuales aventajaba á todos sus compañeros, dedicándose despues á la Medicina. Aprovechó la venida y permanencia en España del insigne Andrés Vesalio, de quien fué un discípulo distinguido, consiguiendo por su aplicacion y celo en el cultivo de la anatomía la mayor competencia y fama, que le grangearon una justa celebridad en aquel siglo, tan escaso como ansioso de sus útiles é interesantes estudios. Este hecho induce á presumir con fundamento, que Luis Collado

marchó á Madrid para recibir su instruccion anatómica de Vesalio, no constando que este médico pudiera haberle enseñado en Valencia, ni que nuestro paisano fuese á Italia y á la universidad de Pádua como su contemporáneo Pedro Gimeno á oír las lecciones de tan consumado maestro; y por consiguiente, la época de su nacimiento, relacionada con sus estudios, debió ser despues de transcurrir algunos años del siglo xvi y bastante posterior á la señalada por los historiadores.

Como faltan por desgracia datos de todo género para formar la biografía completa de Luis Collado, puesto que ni los suministran sus historiadores y bibliógrafos, ni se encuentran entre sus contemporáneos, los que no obstante le conocieron bien y hablaron mucho de él; se han de rebuscar cuidadosamente en sus diversas obras, de cuya lectura solo puede conseguirse alguna que otra noticia, y por cierto no de las más interesantes. En efecto, apenas se ocupa de sí mismo y aunque de otro modo fuese, son tan raras hoy sus obras y escaseaban ya tanto en tiempos anteriores que algunos de sus biográficos confiesan no haber visto ninguna de ellas, ateniéndose á las referencias de otros más afortunados, y son muy pocos los que pudieron beber en sus puros manantiales. Yo he tenido la suerte de hojear una tan sola, y no pertenecía á ninguna biblioteca pública, de donde me fué imposible proporcionarla, sino que era propiedad de un digno catedrático de esta escuela, fallecido poco há, entusiasta cultivador de nuestra literatura pátria, á la que pudo ilustrar muchos de sus oscuros puntos, por haber reunido muy buenos elementos de autores españoles antiguos en su preciosa librería. En estas obras, pues, consta y se repite varias veces, que Luis Collado fué natural de Valencia, que estudió, recibió sus grados y ejerció la profesion en ella; y en cuanto á ser discípulo de Vesalio lo hace muy probable, si no lo demuestra, el llamarle repetidamente su maestro de anatomía, confesando que le era

deudor de sus conocimientos en esta materia, y defendiéndole con energía y hasta con acritud de los ataques del célebre anatómico frances Silvio.

De otra série de datos biográficos de Luis Collado se deduce, que fueron tales su aplicacion y progresos en el estudio de la Medicina, que ántes de terminar su carrera se le nombró Regente de la cátedra *de prima*, que obtuvo en propiedad desde el momento en que se graduó de doctor, como condicion indispensable que se requería. Por sus conocimientos anatómicos singulares y su decidida aficion á estos estudios, enseñó mucho tiempo la asignatura, siendo en su época uno de los maestros más eminentes de España y de Europa, contando entre sus discípulos al renombrado Cosme Medina, catedrático de anatomía de la Universidad de Salamanca, á quien cita como testigo de su descubrimiento del huesecito del oido, llamado *estribo*. Sin conceder á este hecho histórico la importancia, que le dan los autores biógrafos, dedicándole algunas páginas, pues se lo disputa con fundamento y razon Pedro Gimeno, otro paisano nuestro, insigne anatómico y contemporáneo de Collado; no quiero pasarle desapercibido, porque fué ocasion y motivo para apreciar sus adelantos anatómicos y elogiarle todos cual se merecia, y siempre pone de manifiesto las minuciosas investigaciones que hizo sobre los cadáveres y las mil preparaciones que ejecutó, para demostracion y enseñanza de la escuela de Valencia, como confiesa en sus obras. Adquirió tambien extraordinaria reputacion en el ejercicio de la Medicina, y por su acierto llegó á conseguir tal fama de consumado práctico, que muy pocos de su tiempo la alcanzaron, contribuyendo á ello tanto su talento y asiduos estudios, como el decoro y respeto con que visitaba á los enfermos. En sus lecciones universitarias inculcaba con insistencia á sus discípulos máximas de la moral más pura, atribuyéndosele estas palabras, muy dignas por cierto de ser más atendidas y observadas en la época presente: «no hagais ni permitais nin-

»guna bajeza en la medicina, porque desde ese momento
 »pierde su estimacion el médico y se envilece la ciencia,»
 á la que llamaba con respetuoso entusiasmo *ciencia de los
 Dioses*.

Para no dejar en olvido ninguno de los escasos antecedentes biográficos de Collado, recogiendo las más insignificantes flores, esparcidas con avara mano en las varias reseñas de sus historiadores, me haré cargo de dos hechos, que todos ellos enarran con una conformidad sorprendente é inusitada, y cual si se hubiesen copiado unos á otros. Desconozco su verdadero origen, ignoro si proceden de alguna obra de este médico ó de sus contemporáneos, pero se hallan consignados en Escolano (*a*), en Scoto (*b*) y en D. Nicolás Antonio (*c*) y les he leído en cuantos se ocupan de él, lo mismo en los bibliógrafos valencianos P. Rodriguez, D. Vicente Ximeno y doctor Ortí (*d*), como en todos los historiadores de nuestros dias. Con las apariencias de anécdotas de su vida, ó tal vez de vulgares cuentecillos, pues no es fácil resolver hoy á que clase pertenecen, la tradicion conservó fielmente dos sucesos, que dan una idea de la firmeza é independencia de carácter de Luis Collado, traducidas por algunos en genio altivo, ó cuando ménos, en escesivo amor propio y estimacion de su valía, pero que siempre indican el renombre, que llegó á conseguir y la justa fama, que alcanzaron su talento y tino práctico. Se cuenta respecto al primero de ellos, que habiendo sido llamado á la corte de Felipe II para asistir como médico á la reina Doña Isabel, se le propuso y ofreció una plaza de la Real Cámara con muy ventajosas y honoríficas condiciones, cuya aceptacion declinó para no concurrir en inferior escala y categoría con el Protomédico, Dr. D. Francisco Valles, llamado el

a Hist. de Val. Part. 1.^a Lib. 5.^o Cap. 25.

b Bibl. Hisp. Tom. 2.^o Clas. 8.

c Bibl. Nov. Tom. 2.^o Pág. 297.

d Cit. anter.

Divino y el *Hipócrates* español; cuya superioridad, según dijo con gracejo y donaire, ofrecería al mundo el contrastido é increíble fenómeno de *verse los Valles por encima de un Collado*. El otro hecho se refiere á Valencia y tuvo lugar asistiendo á la Marquesa de Mondejar, esposa ilustre de su Virey en aquella época: después de haberla pulsado de pié en su primera visita, una de sus camareras le manifestó, que los médicos de Castilla la pulsaban arrodillados, y que no había procedido según la etiqueta y costumbre; oído lo cual por el Dr. Collado salió inmediatamente del palacio y no quiso volver, hasta que el mismo Virey se lo suplicó cortesmente, ofreciendo darle silla cuando viniese.

No me quedan ya más datos biográficos que aducir respecto á Luis Collado, ni me fué posible encontrar otras noticias relacionadas con la vida y hechos de este insigne médico: solo me resta dedicar una simple reseña á las obras que escribió y le dieron la justa renombradía, transmitida hasta nuestros días con la aprobación unánime y conforme de cuantos las conocen. Algunas pertenecen á la clase de las inéditas, porque nadie las vió impresas, y aun las publicadas escasean mucho, como queda dicho, siendo una de las más raras de la Medicina española la primera que escribió, según se infiere del prólogo de su *Isagoge*, y es la siguiente, impresa en 1555 en idioma latino, del que se valió el Autor en todas sus producciones. «Libro de los huesos de Claudio Galeno de Pérgamo, para el uso de los principiantes, traducido por »Fernando Belamio Siculo, explicado é ilustrado por Luis »Collado, valenciano y catedrático de medicina de su Escuela.» En Valencia. Por Juan Mey, en 8.º; y lleva añadido un Apéndice intitulado: «Breve descripción de los »ahujeros y senos de los huesos del cráneo, para el uso »de los principiantes.» El título de esta obra se encuentra modificado entre nuestros bibliógrafos desde la ligera variante del traductor, Fernando *Balámico*, hasta la misma

forma de su redaccion, ofreciendo el Dr. Ximeno el siguiente: *Enarrationes in librum Galeni de ossibus: addita in fine, Ossium capitis, foraminum et sinuum ad tyrones brevis descriptio. En Valencia, por Juan Mey, 1555, en 8.º*; y los historiadores Codorniu y La Rubia, *In Galeni librum de ossibus commentarius. Valentiae 1555.*

En la duda me he atenido, pues, al historiador de la Medicina española, D. Anastasio Chinchilla, que asegura haber visto otro ejemplar ademas del de su propiedad con este título: *Claudii Galeni Pergami, liber de ossibus ad tyrones, intérprete Ferdinando Balamio Siculo: Enarnationibus illustratus à Ludovico Collado, Valentino, publico artis medicæ doctore; Valentiae, 1555, 8.º*, y que lleva agregado al final el citado Apéndice: *Ossium capitis foraminum et sinuum ad tyrones brevis descriptio*. Está obrita, en la que abundan preciosidades anatómicas para aquellos tiempos, se escribió en defensa de su maestro el gran Vesalio, rudamente combatido por el catedrático de este Dr. Silvio, llamado el padre de la anatomía en Francia y ciego sectario de Galeno, demostrando ventajosamente los errores del médico griego y de su apolo-gista, pero tratándoles el Autor con demasiada dureza. En la página 30 de esta obra se lee el texto aducido por algunos en prueba del descubrimiento del huesecito del oido, *el estribo*, por Collado; y en la 24 se consignan ideas explícitas y bastante exactas sobre la relacion, que guardan la forma y las dimensiones del cráneo con el desarrollo de las facultades intelectuales. Manifiesta, en fin, su decidida aficion á la anatomía declarando, que habia desenterrado miles de cráneos para sus demostraciones en la Escuela de Valencia, ademas de los que preparó en fresco; pero comprendiendo el Autor que este libro no era propiamente un tratado general de anatomía, prometió en el capítulo III del Apéndice, escribir otro para satisfacer los deseos de todos, y sin embargo no ha podido averiguarse si en efecto lo cumplió.

Otra de las obras publicadas por Luis Collado y que le dió mucha celebridad fué la llamada *Isagoge*, ó sea: «Elementos no ménos útiles que necesarios para ejercer »la medicina, recogidos con suma diligencia de las obras »de Hipócrates y Galeno: su autor Luis Collado, médico »valenciano y catedrático de medicina de su Escuela. En »Valencia. Año 1561.» Así espone su título el referido Chinchilla y corresponde realmente al de la obra: *Ex Hippocratis et Galeni monumentis isagoge, summa diligencia decerpta ad faciendam medicinam, non minus utilis, quam necessaria. Auctore Ludovico Collado, médico Valentino, artis medicæ publico doctore. Valentia. 1561*; y no obstante se notan tambien variantes en los demas bibliógrafos, de las que pueden servir de ejemplos el título que ofrece el Dr. Ximeno: *Isagoge ad faciendam medicinam ex Hippocratis et Galeni monumentis*, y el de los Sres. Codorniu y La Rubia; *Ex Hippocratis et Galeni monumentis isagoge ad faciendam medicinam. Valentia. 1561*. Esta obra, impresa por Juan Mey en dicho año y en 8.º, lo fué tambien en el mismo por Felipe Mey, quien añadió á su edicion un tratado con el título: *Epitome medices, sive tractatus de materia medica et de plantis*, el cual se habia publicado ántes por Miguel Sorolla, pero sin nombre de autor.

La referida obrita grangeó á Luis Collado los mayores aplausos y respeto entre los médicos de verdadera valía por su mérito é ideas prácticas que encierra, y es un compendio de medicina muy bien acabado, que sirvió de texto en la Universidad de Valencia. Era su principal objeto dar á conocer en España la medicina hipocrática, que andaba maleada en aquella época por la mezcla de teorías galénicas, rebatir la propaganda empírica, que hicieron en el pais las obras de Juan Argenterio, cuyos errores se propuso desvanecer, y desterrar de paso las envejecidas prácticas de algunos médicos rutinarios. El Autor dividió

la obra en veinte y cinco capítulos, cuyos ocho primeros dedica á la higiene, esponiendo en los restantes el método curativo segun las diferentes indicaciones, las que deben tomarse en su concepto de la estacion, del clima, del pais, de la edad, de las costumbres del enfermo, de la naturaleza del mal, de la parte afecta y de los remedios que aprovechan ó dañan. En cuanto al Epítome de medicina, ó tratado de materia médica y de las plantas, que como el nombre indica es un formulario de los medicamentos más usuales en la práctica, no careceria de mérito y originalidad, cuando el general frances Suchet, le buscó con empeño en la época de la guerra de la Independencia y le compró á muy alto precio, segun noticias suministradas por uno de nuestros historiadores de la Medicina.

Pertenecen á Luis Collado, por último, ó se le atribuyen las siguientes obras y producciones científicas: *De indicationibus liber unus*. En Valencia, por David Perez, 1572, en 8.º, en cuyo libro, dedicado á sus discípulos, señala el modo y reglas precisas para formar bien las indicaciones, y segun algunos se imprimió juntamente con el Epítome médico anterior. Además, así como el doctor Francisco Valles escribió una obrita muy curiosa sobre pesos y medidas, á la que se atuviesen los farmacéuticos, se propuso igualmente Luis Collado componer un libro parecido con el catálogo de los medicamentos, que les sirviese de verdadera farmacopea, á cuyo efecto dió á luz el siguiente: *Pharmacoporum omnium, quæ in usu sunt apud nostros pharmacopeos, index. Valentiae*. 1561. Aunque los historiadores lo crean publicado y hasta se fija el año de su impresion por alguno de ellos, á mi parecer debió quedar manuscrito y en 4.º, como tuvo ocasion de observarlo el P. Rodriguez, segun dice en su Biblioteca Valenciana (a) y porque ningun otro asegura haberlo visto impreso. Dejó tambien inéditas las

a Pág. 297. Col. 2.ª

siguientes: 1.^a *In Galenum de sanguinis missione*; 2.^a *Práctica et commentaria in V. vij et xij libros Methodi medendi Galeni*; y 3.^a *Commentaria in libros Methodi medendi à jv lusque ad xj*; de cuyas dos primeras obras hacen mencion nuestros historiadores, el mismo Ximeno y Taxandro (a), y la última, continuación probable de la anterior, es uno de los dos manuscritos en 4.º, que asegura haber visto el bibliógrafo valenciano P. Rodriguez. Por lo demás, es muy posible que recibiesen el honor de la publicación, especialmente la segunda de ellas, por cuanto la alaba mucho Renato Mireau en la *Vida de Jacobo Silvio*, parisiense, impresa juntamente con sus obras en Colonia del Delfinado, por Jayme Chovet, en 1630 y en fólío.

D. Anastasio Chinchilla, en fin, manifiesta en un artículo adicional dedicado á Luis Collado (b), que habia conseguido un precioso manuscrito de tan egregio médico, en el que se hallan coleccionados los tratados siguientes: *Quæ sequuntur dictavit Ludovicus Collado, medicus et profesor valentinus sapientissimus. — De simplicium medicamentorum facultatibus Colladi. — Observationes in praxi ad Colladi mentem. — Constitutiones medicæ in hac civitate Valent. annorum 1571, 1572. — In ij methodi librum methodi Galeni comentaria Colladi, 1571. — De febrium putridarum curatione ad Galen. de arte curativa ad Glauconem Colladi. — De capitis affectibus exercitationes Colladi. — De curatione morborum cavitatis vitalis exercitationes ac primum de pleuritide.* Sin poner en duda la existencia de este manuscrito ni su adquisición por Chinchilla, la tengo y muy fundada de que contenga verdaderas obras de Luis Collado, creyéndolo más bien una reunión de simples apuntes de sus discípulos, como fué costumbre en

a In *Cathalog.* Pág. 79.

b *Hist. de la Med. esp.* Tom. 2.º pág. 12.

todos tiempos, y aun tal vez fuesen algunos de ellos para el uso de su Autor.

Así lo hubiese comprendido el infatigable indagador de las obras de nuestro paisano, fijándose tan solo en el encabezamiento del manuscrito que le sirve de título, á saber: *Luis Collado, médico y catedrático valenciano muy sabio, dictó lo que sigue*: puesto que el verbo *dictare* significa: «dictar, explicar despacio lo que otro ha de decir ó escribir, señalar el maestro la lección.» Hace más probable este juicio la falta de método al esponer y reunir las materias, lo que el mismo historiador confiesa diciendo, que hay muchos apuntes *por orden alfabético, los cuales escribió Collado para su gobierno* y no pocas observaciones suyas, redactadas en forma de aforismos, refiriendo entre ellos casos prácticos que le ocurrieron en esta Capital y las terminaciones de los enfermos. Aun parecerá más fundada esta opinion, si pasámos revista á las diferentes enfermedades que comprende el último tratado sin ilacion entre las mismas, figurando siete especies de cefalalgias por muy distinta causa al lado del *morbo gállico* y alternadas por el vértigo, la frenitis, el letargo, la catalepsia, apoplejía, convulsion, pleuresía y otras enfermedades del pulmon. Este resúmen sucinto, pero fiel, de la última produccion de Collado, literalmente transcrito del relato de su poseedor D. Anastasio Chinchilla, no predispone á concederla el aprecio y estima en que la tiene, pues la mera descripcion anterior rebaja todo su mérito. Por lo mismo no puedo admitir sus laudatorias cláusulas con que, dominado sin duda por el entusiasmo y en un arranque disimulable de patriotismo, termina diciendo: que este «manuscrito, espurgado de las citas y textos que hace, y reduciéndole á la simple esposicion de los preceptos prácticos, pudiera ponerse á la par de los mejores escritos del siglo XIX.»

Y puesto que entré sin sentirlo en la crítica de sus obras añadiré, que ellas demuestran la estensa erudicion de nues-

tro paisano, feliz resultado del estudio asiduo y escogido á que se dedicaban en aquellos tiempos; y que sus dos libros principales abundan de sólidos conocimientos anatómicos, de interesantes verdades prácticas y sensatos principios de la doctrina hipocrática. No nos ofusquemos, sin embargo, juzgando con exageracion unas producciones eminentes, si se quiere, relativamente á su época, pero cuyo mérito no puede sobresalir entre las ideas humorales de aquellos tiempos, y se oscurece algun tanto por las densas brumas de sus repetidas impugnaciones contra Silvio, Argenterio y Galeno, á quienes rebate con una acrimonia, mal hermanada con la ciencia. Si ofuscado Chinchilla por el amor patrio se atrevió á calificar á Luis Collado (*a*) de *primer médico de la Escuela valenciana y digno rival del inmortal Valles*; obrando hoy con más aplomo y rindiendo culto á la imparcialidad, niego esa primacía sobre todos sus paisanos, si no se conocen otras obras de mayor mérito, que las aducidas y pongo en duda la rivalidad con el divino Valles, que bien pudo sostenerla como médico práctico, pero nunca la admitiré en concepto de escritor público. *Unicuique suum*: celoso como el que más del esplendor de nuestra literatura médica, me esforcé siempre para que sus glorias no sufran menoscabo alguno, pero no debo suscribir á la injusta adjudicacion de títulos, que no la corresponden; pues bizarra con sus propias galas y poderosa con sus mismas fuerzas, no necesita ponderaciones ni mendigar adornos ajenos; y rechazo ámbos extremos, porque tanto perderia quitándola lo que la pertenece, como dándola lo que no sea suyo.

a Hist. de la Med. Españ. Tom. 2.º, pág. 15, col. 1.ª

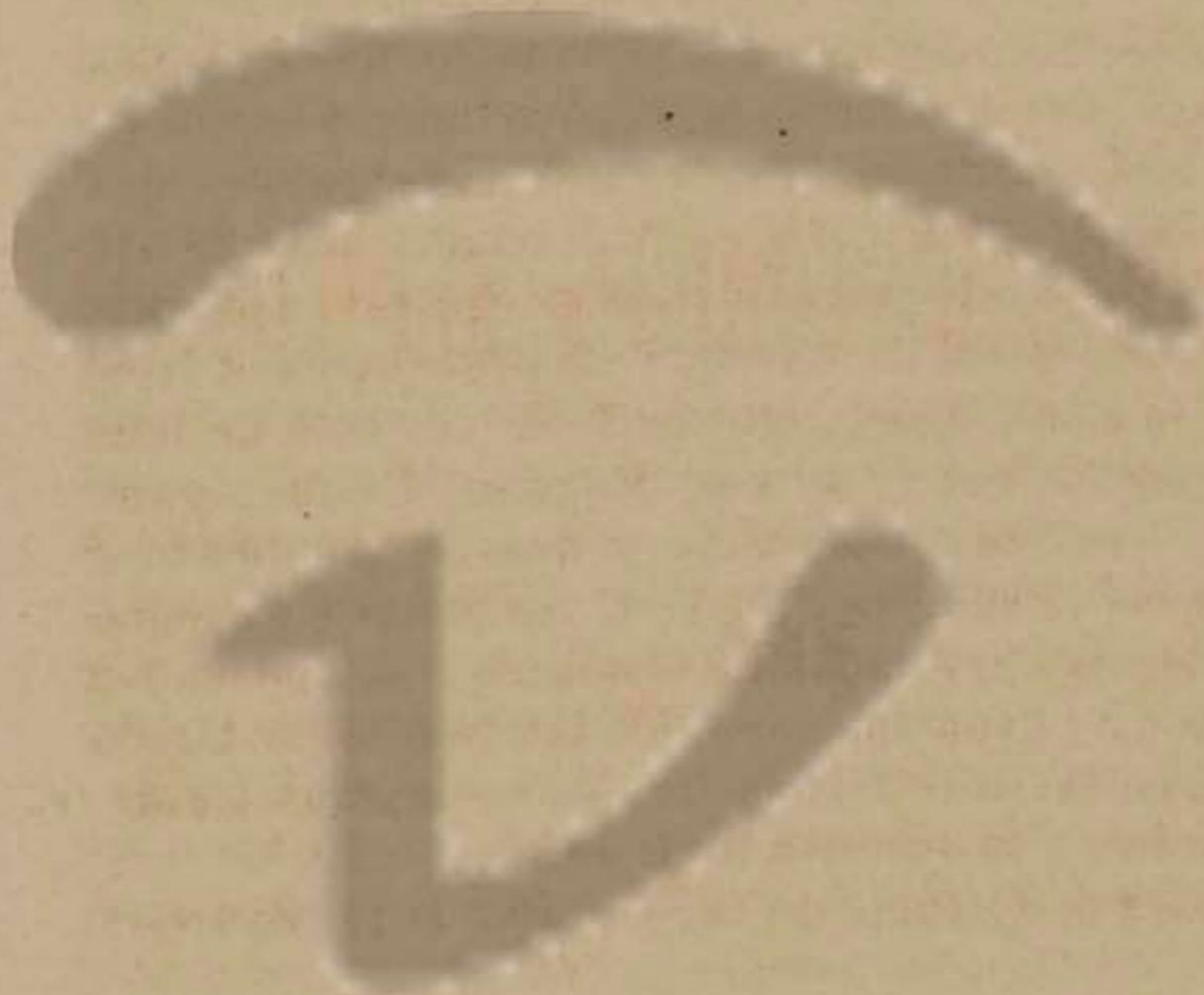
He terminado ya la reseña biográfico-bibliográfica de Luis Collado, de quien, á pesar de su celebridad y de mis buenos deseos de contribuir á su realce y satisfacer las justas aspiraciones del Instituto Médico Valenciano, no me fué posible adquirir otras noticias, tal vez porque no se encuentren, cuya idea sirve de lenitivo á mi impotencia literaria. Al tratar de escudarme con tan estraña pérdida de antecedentes, no alcanzan mis quejas á la falta de historiadores verídicos y curiosos para su fiel conservacion, porque nuestro país, emporio antiquísimo de las ciencias, especialmente de la Medicina, que le hizo merecer el título de la *Atenas española*, no se descuidó en legar á la posteridad los nombres de sus sabios compatricios; y acaso ninguna provincia de España ni de otra nacion pueda gloriarse, como Valencia, de tantos é ilustres hijos, que hayan trasmitido la memoria de los escritores de su venturoso suelo. Por ellos sabemos, que en anteriores épocas nos remontamos al colmo de la ciencia, trepando con ánsia por la montaña del saber hasta su cima, pero colocados en la cumbre fué preciso descender, no encontrándose ya más camino para subir hasta el cielo.

Tal fué siempre la marcha ordinaria y regular de las cosas humanas: lo mismo ocurre en la esfera del mundo político, que se diferencia poco ó nada del orbe literario, y sucederá á naciones engreidas hoy, porque se creen al frente de la civilizacion, y que sin embargo olvidando, que yacian ántes en la barbarie y que se eclipsará á su vez esa aureola, que ahora ostentan, nos critican inmerecidamente de retroceso y estacionamiento en la república de las letras. Pero dicho sea de paso á la Medicina extranjera, para que no se atribuya exclusiva toda la honra y prez, de que nos cabe una gran parte, y si ha de juzgarnos con equidad, recuerde nuestro pasado, estudie con detenimiento é imparcialidad nuestro presente, y en uno y otro hallará sólidas garantías para el porvenir y el poco fundamento de su desden. No olvide tampoco, que si nuestros

paisanos representan hoy como comparsas en el teatro científico, desempeñaron ya ántes el papel de primeros actores, legándonos en tiempos pasados obras valiosas, calificadas ahora de *libros viejos*, con las cuales sin embargo probaríamos hasta la evidencia, que muchos inventos apreciables son debidos á valencianos y reivindicaríamos de los extranjeros glorias literarias, que nos usurparon ó han podido adquirir de nosotros.

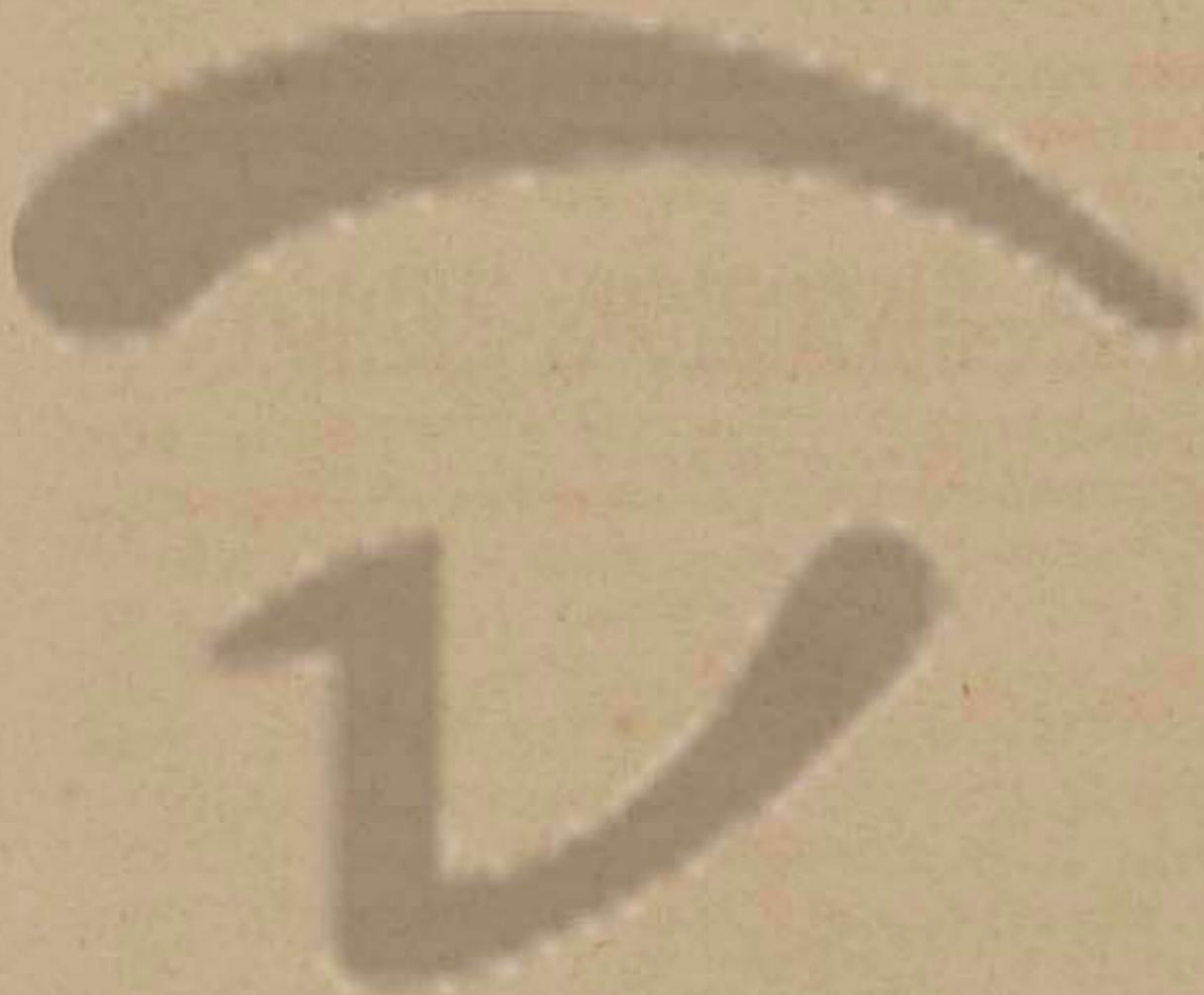
Y si uno de tantos campeones ínclitos lo fué Luis Collado, célebre por su ciencia, por sus virtudes y laboriosidad, muy justo es tributarle este recuerdo apologético, que á nombre del Instituto Médico Valenciano dirijo á tan egregio médico en esta primera y solemne sesión, destinada á honrar la memoria de nuestros ilustres paisanos, que desde muy remotos siglos cultivaron las ciencias médicas y contribuyeron eficazmente á su progreso. Reciba, pues, el homenaje merecido á sus altas prendas, trasmitiendo á la posteridad el nombre venerando de tan preclaro é insigne varon en imperecederos apuntes históricos; secundando á nuestro Excmo. Ayuntamiento, que tambien le ha legado honrosa memoria, dedicándole una de las nuevas plazas, que adornarán en lo sucesivo á su patria.

Valencia 12 de Octubre de 1878.—DR. JUAN BAUTISTA PESET.



ESTUDIOS HISTÓRICOS MÉDICOS.

III.



MEMORIA

BIOGRÁFICA, BIBLIOGRÁFICA Ó CRÍTICA

ACERCA DE

D. ANDRÉS PIQUER,

ESCRITA PARA EL CONCURSO DE PREMIOS DE 1869
DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID, QUE ADJUDICÓ
EL PRIMERO DE LOS OFRECIDOS

A SU AUTOR EL

DR. D. JUAN BAUTISTA PESET Y VIDAL,

SOCIO FUNDADOR DEL INSTITUTO MÉDICO VALENCIANO,
Y LAUREADO CON TODOS SUS PREMIOS,
DE MÉRITO Y CORRESPONSAL DE OTRAS CORPORACIONES POR CONCURSO.

IMPRESO

POR ACUERDO DEL INSTITUTO MÉDICO VALENCIANO.



VALENCIA,
IMPRENTA DE FERRER DE ORGA,
Á ESPALDAS DEL TEATRO PRINCIPAL.

1878.

*Vester porro labor fœcundior, historiarum
Scriptores, petit hic plus temporis, atque olei plus...
¿Quæ lamen inde seges? ¿terra quis fructus aperta?
¿Quis dabit histórico?*

(Juvenal. Sat. vij).


 cudo con gusto al llamamiento, que la Academia de Medicina y Cirugía de Madrid dirige á los médicos celosos de nuestra Medicina pátria, ofreciendo para el concurso de premios de este año, entre varios temas, un asunto muy digno de estudio. Me refiero al punto histórico propuesto como premio de los Sres. Busto y Luque, que tiene por objeto una *Memoria biográfica, bibliográfica ó crítica acerca de D. Andrés Piquer*; la figura colosal, que descolló entre sus contemporáneos y fué la admiracion de los estrangeros. No desconozco el atrevimiento de mi empeño: el dirigirme á una reunion de literatos, y dirigirme con aspiraciones y voluntariamente, respondiendo al concurso de premios, con que se invita á la aplicacion y al saber, es empresa demasiado árdua y me arredran sus dificultades. Temeroso pues, pero confiando en la benevolencia propia de las corporaciones científicas, presento este trabajo, fruto de bastante meditacion, de antiguas investigaciones y de un acopio asídúo de datos, sin creer

II

por ello, que llene las condiciones del programa, á cuyo fin aspiro. Si no lo consigo, me quedará siempre la gloria de haberlo intentado y contribuiré, aunque en pequeña parte, á desterrar algunas inexactitudes, de que está plagada nuestra historia médica por la novedad de su estudio y la precipitacion con que se escribió; pero cuyos defectos pueden corregirse con lentitud y seguridad por medio de la idea generosa, que ha presidido á la fundacion de esta clase de premios. No hicieron poco los primeros iniciadores, al proyectar una obra de nueva fábrica y erizada de mil dificultades, que no les era posible salvar con sus aislados esfuerzos; pero acopiados sucesivamente materiales de buena procedencia, noticias fidedignas, datos auténticos y minuciosos detalles, puede un génio emprendedor, con ellos á la vista, enmendar aquellos errores y perfeccionar el suntuoso edificio comenzado.

La Academia de Medicina de Madrid, que ha prohibido los patrióticos fines de los Sres. Busto y Luque, justa apreciadora del mérito y valimiento del Coloso del siglo XVIII; no podia dejar en el olvido á quien con mucha razon se apellidó el *Hipócrates español*, cuyo retrato figurará dignamente, si no sobresale, entre los eminentes, que forman ya su galeria de médicos españoles ilustres, y los que se vayan reuniendo por los sucesivos temas de nuevos concursos. En tal concepto, es muy justo dedicar este recuerdo al Dr. don Andrés Piquer, tan célebre por su ciencia, virtudes y laboriosidad; y que rindiendo el merecido homenaje á tan altas prendas se legue á la posteridad su nombre venerando en imperecedera biografía. Esta parte instructiva y agradable de la Historia reúne en compendio lo más notable, que ofrece su siglo; y sin necesidad de recorrer todo su vasto campo recoge solamente las flores y riquezas, que nos presenta en abundancia,

saltando, digámoslo así, los trechos estériles y ásperos. El objeto de la presente Biografía corresponde al siglo XVIII de nuestra Medicina pátria, uno de sus períodos más brillantes, por más que algunos autores lo hayan acusado sin pruebas de notable retrogradacion y visible decaimiento. El historiador, D. Mariano González Sámano (*a*), le trata con tal dureza, que llega á dudar si hubo en dicho siglo literatura médica española, y niega á las obras publicadas el mérito, que ciertamente tenían. La contestacion más satisfactoria á tan inmotivadas exageraciones é injustos asertos, es el nombre del que me he propuesto historiar, celebridad de gran talla, que sobresale gloriosa en la literatura de dicho siglo, en el cual florecieron ademas otros muchos esforzados adalides, cuyas producciones honrarán siempre á nuestra Nacion.

Pero debiendo concretarme al objeto esclusivo del Programa, permítaseme hacer las siguientes declaraciones prévias. Se trata de un hecho histórico de nuestros dias por su proximidad á nuestra época: D. Andrés Piquer corresponde á la historia contemporánea, puesto que nació, floreció y murió en el pasado siglo XVIII; por consiguiente, tenemos á nuestra disposicion fuentes claras y puras muy cercanas, donde beber la verdad de cuantos antecedentes se le refieren. No hay que desentrañarla de documentos oscuros, apenas inteligibles y más ó ménos equívocos, que yacen envueltos entre el polvo de nuestros antiguos archivos; no se ha de acudir á la tradicion, inverosímil por lo general, ni á noticias lejanas y poco veraces, que dejan perplejo el juicio del historiador, y en la duda é incertidumbre al más crédulo lector. Quizás esas mismas circunstancias me sean fatales y adversas,

a Comp. de la hist. de la med. esp. Págs. 535, 535 y 551.

IV

y su misma facilidad me ofrezca grandes dificultades para salir airoso; pues habiéndose ocupado con preferencia de hombre tan célebre los mejores ingenios biógrafos y críticos, tal vez no me queden incidentes nuevos que reseñar, ni me hayan dejado otro camino que el de la imitación. Suele hacer el historiador un papel desairado, por aprovechar cuantos recursos se le proporcionan; porque ó se repiten especies anteriormente vertidas, ó se insertan noticias que proceden de un mismo origen, espresando á las veces conceptos ya conocidos, como si fueran propios. «Bien veo yo, »decia Francisco Lopez Villalobos (*a*), que no puede »hombre hablar en la sciencia cosa que no esté ya ha- »blada; que lo mismo acaesció á cuantos autores tene- »mos despues de Hipocras; más consiste mucha parte »de la buena doctrina en saberlo decir y guisar con tal »sabor para el gusto de los otros que les sepa bien, »especialmente si se acrescientan algunas cosas nuevas »de las que los otros no dijeron.» Esta verdad, que nuestro Villalobos refiere á todas las materias de la medicina, á ninguna es tan aplicable como á los hechos históricos, muy conocidos y de alguna celebridad, porque en ellos es muy difícil poder añadir á lo que otros hayan escrito ántes.

Por lo demas, si no hay originalidad en este trabajo, si no puedo añadir muchos hechos nuevos, procuraré apreciarlos en su justo valor, hacer su crítica imparcial y sujetarlos á la verdad, que siempre debe acompañar á la historia como la sombra al cuerpo. Los antiguos la compararon con exactitud á la regla, que ya sea más corta, ya sea más ancha, con tal que sea recta merece el nombre de regla, al contrario de cuando la falta esa cualidad esencial; sucediendo lo mismo á la

a Diálogo de las fiebres interpoladas, final.

historia, que sin la verdad se trasforma en una relacion estéril é inútil. En tal concepto, sólo reseñaré lo que resulte de testimonios fidedignos y contemporáneos, que son ciertamente los manantiales puros de la verdad, carácter principal de la historia, el mejor elogio que puede hacerse de ella, mejor dicho, su *conditio sine qua non*. Por desgracia es costumbre muy añeja, que para alabar á cualquiera se abultan siempre y aparentan más dotes y prendas de las que en realidad asisten, como hacen lo contrario y deprimen los que acusan, y contra este escollo se estrellan frecuentemente los biógrafos. En efecto, preocupados en demasía á favor de sus objetos, hacen de ellos un panegírico en vez de una historia; y como los pintores, que se esmeran en sacar los retratos más hermosos que parecidos, poniendo el mérito de su arte en adornar las facciones más que en imitarlas, trasforman los hombres en héroes.

Ultimamente, de buen grado me desprendería del papel de crítico, concretándome al de historiador, empleo más fácil y ménos comprometido; pero el Programa exige también mis facultades críticas, y en su consecuencia ni disimularé las faltas que encuentre, ni manifestaré solo los aciertos. Esclavo de la verdad é imparcial, sin dejarme llevar del amor pátrio, ni del entusiasmo, ni de otra pasion alguna, aprovecharé la leccion que el mismo Piquer me ofrece, evitando los inconvenientes de la *Copla castellana* que cita (a):

«El autor, á quien mueve
 »O la lisonja, ó el ódio,
 »En cualquier fóllo que escribe,
 »Dice mentiras de á fóllo.»

a Noticias del Parnaso. Pág. 69.

Prévias pues estas declaraciones, voy á desempeñar mi cometido, referente á la *Memoria biográfica, bibliográfica ó crítica acerca de D. Andrés Piquer*; que para proceder con mayor método, dividiré en dos partes. Empezando por la biografía, pasaré luego á la bibliografía, y en ella aparecerá simultánea la crítica de cuantas obras escribió y se le atribuyen; sin perder las ocasiones, que se presenten en la primera, para discutir y someter á juicio algunos de los antecedentes de su vida, que ofrezcan dudas, ó se hubieren controvertido por otros historiadores.

PRIMERA PARTE.

Biografía de D. Andrés Piquer.

No voy á cantar los triunfos y proezas de un célebre guerrero, de un varon ilustre por sus hechos de armas, que bastante memoria dejan en el mundo sellada por la sangre generosa, vertida para conseguir una gloria, si no funesta, de triste recuerdo. Más grandioso aunque modesto en la apariencia es mi objeto: se refiere á la biografía del Dr. D. Andrés Piquer y Arrufat, célebre en la república de las letras y sábio médico, que correspondió á sus honoríficos títulos, escribiendo muchas y muy buenas obras y ejerciendo con acierto y entusiasmo su benéfica profesion, sacrificando así toda su vida en aras de la humanidad. No desmerecen las lides científicas, comparadas con las guerreras; más aplaude la Historia los bellos deseos, que Julio César manifestó de salvar hombres (a) que sus prodigiosos hechos de armas; no adquirió, en fin, ménos honra y fama la Universidad de Valencia educando hijos como don Andrés Piquer, que por haber sido proyectada por su valeroso

a De bel. civil. Lib. 1.º cap. xv.

conquistador D. Jaime I de Aragon, fundada por el gran sábio y santo Vicente Ferrer, y erigida y completada por los Reyes Católicos. Razon es, pues, que los admiradores de tan benemérito patricio le consagren una biografía, que le inmortalice en la historia y sirva de leccion provechosa á las generaciones futuras, las cuales hallarán en él dignos ejemplos que imitar y poderosos móviles, que las impulsen á seguir sus pisadas en tan gloriosa senda.

Entre los más ilustres hijos de nuestra pátria, sobresale el Dr. D. Andrés Piquer, corifeo de los médicos españoles, señaladamente de la escuela de Valencia: sus numerosos y apreciables escritos erigieron un monumento imperecedero á su honra, virtudes y sabiduría. Con justicia mereció, que el médico erudito, Dr. D. Mariano Seguer, su contemporáneo y amigo, que algunos califican de émulo, le llamase el *Hipócrates español*; que el sábio historiador de nuestra Medicina, don Antonio Hernandez Morejon (a), le concediese el nombre del *más docto de este siglo*, y otros autores no ménos competentes el de *Hipócrates valenciano*. Su retrato original se conserva todavia con veneracion en la Universidad, donde siguió sus estudios y enseñó muchos años, sacándose por separado varias copias, que obran en poder de sus admiradores; y para que sea más duradera la memoria de tan grande hombre le dedicó D. José Antonio Cabanilles una planta con el nombre de *Piquería* (b). La fama de Piquer no se limitó al suelo pátrio; pasó los montes y los mares, y sus obras fueron conocidas y alabadas en todas partes; porque su fina erudicion, su recto juicio y la oportuna revolucion que hizo en la Medicina, precursora de otra más feliz, fueron hechos que le inmortalizarán siempre. Así no es estraño, que apenas haya bibliógrafo, que no le tribute en sus páginas un merecido elogio: el historiador

a Tom. 7.º pág. 135, edic. de 1852.

b *Icones et descriptiones plantarum, quæ aut sponte in Hispania crescunt, aut in hortis hospitantur*. Tom. 3.º pág. 18.

de los aragoneses Latasa, Ximeno en sus escritores valencianos, Fr. Miguel de S. Vicente en la Biblioteca crítica, Ballano en el Diccionario de ciencias médicas, los historiadores de la Medicina española Codorniu y La Rubia, Chinchilla, Morejon, Gonzalez Sámano y el de la Medicina valenciana en su Bosquejo histórico; todos se ocupan de él preferentemente y le rinden el homenaje debido á su sobresaliente mérito.

Tambien los médicos historiadores, especialmente Morejon y Chinchilla, le han dedicado preciosas biografías, que copiaron de la muy completa y estensa, que publicó en 1785 con varias obras póstumas de D. Andrés Piquer su hijo, el Doctor D. Juan Crisóstomo, presbitero y Capellan de S. M. Al calificar D. Anastasio Chinchilla con demasiada presuncion su artículo biográfico sobre este médico, dice (a): «El que voy á ofrecer á mis lectores indudablemente es el más completo, que hasta el dia se ha publicado, sin esceptuar el que su propio hijo D. Juan Crisóstomo Piquer le consagró en la obra, que bajo el título de Obras póstumas, imprimió en Madrid en 1785;» y á pesar de tantas promesas es una copia literal del mismo, suprimiendo unos párrafos y condensando algunos otros, cuyos comprobantes no aduzco, porque es muy fácil hacer su cotejo. Más verídico y franco D. Antonio Hernandez Morejon, confiesa paladinamente, que la copió de aquel, diciendo (b): «La historia que voy á presentar aquí de la vida de Piquer, será tomada de la que publicó su hijo D. Juan Crisóstomo Piquer, la cual se halla al frente de sus Obras póstumas, como tambien de los datos que me comunicó su digno discípulo y mi amigo D. Antonio Franseri.» En efecto, ámbas biografías procedentes de una misma fuente, se hallan enteramente conformes con ligeras variantes, que se reducen á la adición de catorce líneas y cinco párrafos modificados en

a Hist. de la Med. esp. Tom. 3.º pág. 422.

b Obr. cit. Tom. 7.º pág. 135.

la de Morejon; terminando ésta como la de Chinchilla con la inscripcion de la lápida, compuesta por Mayans para el sepulcro de D. Andrés Piquer. Unicamente difieren algun tanto en la parte bibliográfica, cuya esposicion de manuscritos inéditos ofrece mayor novedad y riqueza en el artículo de Chinchilla; aunque Morejon añade algunos, que no se hallan incluidos en el de aquel. En tal concepto, salvas las adiciones, aclaraciones y rectificacion de algunos puntos, que me haya sido posible conseguir; me atenderé estrictamente á las noticias suministradas por su espresado hijo D. Juan Crisóstomo, siguiendo el ejemplo de los que me antecederon en esta empresa y buscando las aguas puras del manantial; puesto que, segun confiesa él mismo (a), «solo refirió lo que tenia oido de su boca y lo que comprenden sus obras.»

La historia debe empezar por la designacion de la pátria de D. Andrés Piquer, y aunque se sabe con seguridad completa, todavía han querido algunas localidades cuestionar el honor, que las reportaria la figura médica más colosal que descolló en el siglo xviii; á la manera que se disputaron en la antigüedad el pueblo donde nació Homero, el príncipe de los poetas. No se debe hacer caso del ligero desacuerdo, que reina entre los mismos historiadores que le llaman aragonés, y solo como una cita aduciré al bibliógrafo, Fr. Miguel de S. José, que le cree nacido en Zaragoza, confundiendo sin duda la diócesis á que correspondia el pueblo de su nacimiento. Pero Valencia es el pais, que le reclama con mayor empeño, y no estraño que haya deseado tanto á uno de los varones esclarecidos, que más enaltecen á nuestra Nacion, como ornato principal y honra que fué de su célebre escuela. Fueron las causas de esta equivocacion haber seguido toda su carrera literaria en dicha ciudad, donde casó, se estableció como médico, educó sus hijos y escribió sus primeras y variadas producciones científicas, si no las

a Obras póstumas. Vida de Piquer. Pág. 4.

mejores, que le dieron á conocer y le facilitaron su celebridad posterior. Por lo tanto, es disimulable, que obrando de ligero algunos escritores, entre los cuales figura el historiador de la Medicina española, Sr. Gonzalez Sámano, le hayan creído valenciano; mucho más si se tiene en cuenta, que en el título de reválida espedido al Dr. Piquer por el Real Protomedicato, se equivocó el pueblo de su nacimiento, confundiéndolo con el de su madre que pertenece al reino. El mismo autor del Bosquejo de la historia de la Medicina de Valencia, aunque confiesa que fué verdaderamente aragonés, no se atreve á desprenderse de la gloria que resultaría á su pátria, tratando de connaturalizarle con la misma por razones, que espresa y califica de títulos atendibles. Pero bajo ese punto de vista pudieran tambien reclamarle otros pueblos, como Madrid, donde vivió muchos años, escribió y publicó muy buenas obras, reimprimiendo y completando las anteriores, ejerció su profesion con el mayor lauro y ocupó la más ventajosa posicion social.

Dado caso que se quisiera negar la competencia á su hijo D. Juan Crisóstomo, á quien siguen acordes los dos principales biógrafos y la mayoría de escritores; hay muchos documentos que declaran su pátria, y entre ellos el más fehaciente, ó sea la partida de bautismo, que resuelve esta cuestion sin género alguno de duda. De ella se deduce, que D. Andrés Piquer nació en el pueblo de Fórnoles del reino de Aragon, partido judicial hoy de Valderrobles, correspondiente á la provincia de Teruel y diócesis de Zaragoza, distando más de la primera Capital que de la segunda; cuyo pueblo que apenas cuenta en la actualidad doscientos vecinos, se llamó anteriormente Fornos, teniendo en su término un Santuario célebre, dedicado á la Virgen y que lleva su nombre. Segun consta en dicho documento tuvo lugar tan fausto suceso el dia 6 de Noviembre del año 1711, siendo su padre Jacinto Joseph, natural de Cerollera, pueblo del mismo Aragon, y su madre Maria Arrufat de Herbés en el reino de Valencia; ámbos de

las buenas y honradas familias, especialmente la de los Piqueres, muy conocidos en el reino de Aragon, como probó el interesado en un libro en fólío, que publicó en Madrid en el año 1767, con el título: «Hidalguía de sangre de D. Andrés »Piquer.» Su familia paterna residente en Cerollera, perdió muchos de sus intereses por los perjuicios que infirieron á la coronilla de Aragon las guerras de principios del siglo, quemando y saqueando los pueblos y talando sus campos y posesiones, siendo una consecuencia la suma estrechez á que se vió reducido su padre.

No obstante atendiendo éste preferentemente al bien de sus hijos y cumpliendo los deberes de padre de familia, procuró dar á todos la educacion y enseñanza, compatible con su posición y acomodada al génio é índole de cada uno. Dos de ellos se dedicaron al estudio de la Medicina, que fueron D. Andrés y su hermano mayor D. Cosme, de quien no quedan noticias históricas, pero se sabe que ejerció su profesion en Valencia con acierto y aprovechamiento, sirviéndole de mucho apoyo á aquel para la continuacion de su carrera médica. Tambien hubo varios médicos entre los ascendientes de esta familia, é indudablemente lo fueron algunos de sus descendientes, pero no de los hijos de D. Andrés, correspondiendo segun las mayores probabilidades á la rama de D. Cosme, su hermano y médico en Valencia. Lo fué D. Jacinto Piquer, de quien tampoco conserva noticias la historia, padre de D. José Antonio, médico tambien célebre y buen literato, que nació en Valencia en 1773 y en cuya partida de bautismo se espresa la profesion de aquel, sin hacerse indicacion alguna de la de sus abuelos. D. Justo Pastor Fuster en su Biblioteca Valenciana (a) se ocupa de D. Gregorio Joaquin Piquer, pariente de D. Andrés, que nació en el año 1731, que publicó algunas obras y hubo de hacer hasta diez y seis oposiciones para con-

a Tom. 2.º pág. 420.

seguir una canongía; pero su padre D. Domingo ya no era médico, constando en la partida de bautismo que fué *escribiente*.

D. Andrés Piquer empezó su educación desde la más tierna infancia, estudiando las primeras letras en su pueblo y en compañía de sus padres, que resolvieron enviarle á la edad de diez años á Fresneda, otro pueblo del mismo reino de Aragón, donde florecía entonces el mejor maestro de latinidad de aquella comarca, buen gramático pero no de un esquisito gusto, como le califica su hijo D. Juan Crisóstomo con referencia al mismo Piquer. Después de seis años que permaneció en su compañía, empleándolos principalmente en la retórica y poética, pasó á Valencia, donde ya ejercía la medicina su hermano D. Cosme, para estudiar la filosofía, que empezó en su Universidad literaria en el curso de 1727, bajo la dirección del Dr. D. Francisco Aparicio. A los tres años se dedicó al estudio de la medicina, que terminó en 1734, siendo sus catedráticos, porque consta que lo eran en dicha época, según los títulos académicos que he podido consultar, los Doctores señores D. Jaime Juan Sanz, Matias Aznar, Juan Bautista Longás, Roque Benlloch, José Gosalbes y Luis Pachés, y probablemente lo fué de práctica el Dr. D. José García. No puede determinarse con fijeza la asignatura que correspondía á cada uno de ellos, porque entonces variaba la forma de obtención de las cátedras y su duración en ellas, á pesar de adquirirlas por oposición, desconociéndose las reglas y usos que hoy se siguen.

En dicho año 1734 se graduó D. Andrés Piquer en filosofía y medicina, dedicándose al ejercicio práctico de su facultad; y apenas concluidos sus estudios comenzó ya á darse á conocer, por medio de varias oposiciones y concursos literarios, é imprimiendo preciosos trabajos científicos; en todo lo cual sobresalió por su buen talento y por la mejor elección de sus estudios, pues había cultivado con gusto y esmero varias lenguas, las matemáticas y otras materias de erudición, á que

siempre fué muy aficionado. En el mismo año 1734 se presentó en público por primera vez en la oposicion, que hizo á la plaza que llamaban de *Bachiller* del Hospital de Valencia, en la que mereció unánimes encomios, y que el canónigo D. José Castelví, uno de los vocales para la provision de dicha plaza, le costease el grado de Doctor, ya que no podia darle el empleo que merecia, por faltarle los demas votos. En efecto, se doctoró en aquella escuela á primeros de Mayo del referido año, y despues hizo otras oposiciones en el mismo Hospital y Universidad, donde á poco tiempo fué nombrado académico público de medicina por el Claustro de la Facultad, empezando desde entonces á introducir el uso de los autores modernos, mejorando los estudios médicos.

Contrajo matrimonio D. Andrés Piquer en el año 1736 con Doña Maria Vicenta Noguera, hija del Dr. D. Miguel Noguera uno de los médicos más acreditados de Valencia, de quien tuvo varios hijos y quedó viudo en 1750, un año ántes de su traslacion de esta Ciudad á la córte. D. Juan Crisóstomo nos dá en su biografia la noticia de que vivian tres hijos, cuando dió á luz sus Obras póstumas, sin que en los historiadores se encuentren antecedentes de otro, que del dicho D. Juan Crisóstomo, de quien se ocupa Fuster (a) diciendo; que despues de estudiar y doctorarse en teología en Valencia, pasó á Madrid donde escribió varias obras, fué Capellan de S. M. y murió en el año 1811. Pero se sabe tambien por una nota, que hay en la segunda edicion de la obra de Piquer *Institutiones Medicæ*, donde consta el Privilegio concedido en 8 de Setiembre de 1772 á los hijos de D. Andrés, á la sazón ya difunto; que ademas del referido hijo, quedaron otras dos hijas casadas y todos vecinos de Madrid, á saber: Doña Maria Vicenta Piquer, esposa de D. Juan Antonio Ibarguen, y Doña Rita Piquer, esposa de D. Joaquin de Asin y Ximenez.

a Obr. cit. Tom. 2.º pág. 341.

He llegado á la época, en que D. Andrés subió al apogeo de su fama, dando á conocer lo que valia por medio de sus actos literarios, producciones científicas del mayor mérito, y por el ejercicio penoso y acertado de su profesion. Desde el momento que terminó su carrera y estudios y se constituyó socialmente, su vida fué lo más activa y trabajosa que decirse puede, sacando de sus tareas y sacrificios el provecho que no podia ménos de esperarse. En el período de los diez y seis años que voy á reseñar recogió laureles á porfía, adquiriendo incesantemente títulos y honores, que le llevaron paso á paso á la encumbrada posicion que alcanzó en la corte hasta la hora de su muerte. Despues de obtener la cátedra extraordinaria de la Universidad de Valencia, como dice Ximeno (*a*) y segun se intitula en la portada de la primera edicion de su obra *Medicina vetus et nova*; el Ayuntamiento de la Ciudad, Patrono de aquella escuela, le confirió la cátedra de anatomía en el año 1742, prévia la correspondiente oposicion de mucho concurso y lucimiento. Satisfecha la Corporacion municipal de la conducta é integridad de este sábio profesor, le nombró médico titular de la Ciudad en el mismo año 1742, y le confirió varias comisiones para atajar epidemias en diferentes lugares del reino, las que desempeñó con celo é inteligencia. Tambien la Junta administrativa del Hospital general le nombró Visitador con motivo de otra epidemia que duró dos meses, y Censor para la oposicion á una de las plazas de médico mayor de la misma casa.

La Academia Médico-Matritense remitió en el año 1739 el título de *académico honorario* á D. Andrés Piquer, sin solicitarlo éste y únicamente por las noticias de alguno de sus escritos; siendo su Presidente el Dr. D. José Cervi, primer médico de cámara, protector decidido de los profesores de mérito y uno de los hombres más entusiastas de la ciencia de

a Escritor. valenc. Tom. 2.º pág. 301.

aquel siglo. Sin otro motivo que el del anterior nombramiento, recibió en 1749 el título de *Académico de Oporto*, que en premio de sus escritos le envió del mismo modo la Academia Médico-Portopolitana, del cual empezó á usar agradecido reuniéndole con los demas honores desde la primera obra publicada posteriormente. Igualmente consta, que fué tambien *Sócio de la Régia Sociedad de Sevilla*, título que figura con otros no ménos célebres, honrando el nombre del autor de las *Obras de Hipócrates más selectas*, en su primera edicion y solo en el tomo segundo; aunque nada dice sobre este particular su hijo D. Juan Crisóstomo, ni tampoco lo he visto citado en los demas biógrafos, consecuencia natural de haberse ceñido estos á la vida escrita por aquel.

Perteneció, por último, á la *Academia Valenciana*, de la que podian formar parte presentes y ausentes y que tenia por objeto conservar las memorias de los autores antiguos, recogiéndo las, ilustrándolas y enmendándolas de los vicios é ignorancia de los copiantes; empresa que no era para un hombre solo, sino para muchos congregados, unidos y aplicados á un mismo fin. D. Gregorio Mayans y Ciscar, uno de los más sábios literatos de aquel tiempo, pudo conseguir la fundacion de dicha Sociedad, encargada de recoger é ilustrar las cosas de España en todo género de artes y ciencias, figurando entre sus objetos el estudio de la Historia natural de España, el de la Medicina española y cuantos asuntos ilustrasen directamente alguna ó muchas cosas de nuestra nacion. Perteneciendo á esta Academia algunos médicos célebres valencianos, entre ellos D. Mariano Seguer; tambien D. Andrés Piquer fué de los primeros que llevaron á cabo tan honroso proyecto, manifestando bien á las claras su constante propósito de ser útil á su pátria como buen español. Miétras duró esta Sociedad, usó el título de *Académico Valenciano* en las ediciones de cuantas obras publicaba, como una prueba del aprecio que le merecia, llamándose así en el *Tratado de calenturas* impreso en 1751, y anterior-

mente en el de *Física moderna racional y experimental*, publicado en 1743.

Pero no se han de olvidar las espinas cuando se trata de recoger las flores; y á fuer de historiador imparcial, que no dejándose supeditar por un entusiasmo mal entendido describe las grandezas de su héroe, sin ocultar los hechos de más ó ménos imperfeccion; voy á ocuparme de los dos únicos lunares, que á juicio de algunos empañaron su hermosura. No se encuentran otros en su brillante hoja de servicios, aunque se busquen con empeño, aunque los examine la pasion: me refiero á la nota de sistemático solidista, y al atentado contra una produccion científica del Dr. Nicolau, que la publicaba en contestacion al Dr. Piquer. Estos son los hechos que se le atribuyen con más ó ménos exageracion, y cuyos acontecimientos debo reseñar actualmente, porque corresponden á esta época de su vida.

Dedicado D. Andrés á la enseñanza luego que obtuvo las cátedras, se esmeró en fomentar el buen gusto de sus discípulos, que ávidos de aprender concurrían en grande número y á quienes esplicaba la Medicina moderna, segun el sistema del mecanismo, casi desconocido en aquella escuela, y desde entonces se afilió á sus banderas, por hallarlo más conforme á los principios de filosofía, que habia adquirido con la lectura de los autores modernos y más en armonía con la práctica médica. Así lo creyó de buena fé, declarándose tal solidista en su primera obra médica, diciendo (a): *atque si alicui (invidiæ fortasse stimulo concitato) videatur nos in hoc opusculo, modernis magis adhærere, ipsi respondeo, quia vel experimento, vel ipsa praxi, vel valida fortasse ratione ad id ita faciendum coactus sum.... in veni quam aliud quidpiam, atque cæteris præferendum certe judicavi sectam illam, quæ corpus humanum, tamquam machinam solidis, et liquidis constitutam, atque anima ratio-*

a Med. Vet. et nov. Præm. págs. 2 y 3.

nali directam contemplatur, quia præterquam quod anathomis demonstrationibus magis cohæret, praxeos exercitiis multo melius adaptatur. En efecto, el célebre Piquer confiesa un hecho que no puede desmentirse, y no obstante su espíritu de observación y buenos conocimientos filosóficos, es una verdad que fué en su juventud sectario entusiasta del mecanismo, que luego combatió victoriosamente en su edad madura, abandonándolo por completo. Esta fué una consecuencia necesaria del notable cultivo y evidentes adelantos, que obtuvieron entonces la física y la química, la fisiología y la patología entre los médicos valencianos, no pudiendo evitar que se introdujesen en la escuela algunos de los sistemas, que más en voga estuvieron en España y en el extranjero. Pero dando una satisfacción pública de su error, escribió en 1768 el *Discurso sobre el mecanismo*, una de las mejores obras que salieron de su pluma, retractándose de él por haber conocido con el tiempo y el estudio, que dicho sistema es falso en sí mismo y pernicioso en su aplicación, «señaladamente por ser opuesto á los adelantamientos de la ciencia físico-médica.»

Por lo que respecta al otro acontecimiento, deseando D. Andrés Piquer poner término á cierta polémica, de la que nada ganaban la humanidad ni las respetables personas que tomaron parte en ella, sirviendo solo para exacerbar el encono y tenacidad de las mismas; determinó impedir la impresión y circulación de un escrito del Dr. Luis Nicolau, á cuyo fin impetró el auxilio de la autoridad. Pero este facultativo, de un carácter porfiado y asistido por la justicia de su causa, insistió en sus pretensiones y logró su intento á despecho de todos y no obstante las gestiones del Dr. Piquer, que ciertamente le desfavorecen y quizás sean el único borron que echó sobre su conducta durante su carrera. De tal puede calificarse el atropello que promovió contra la publicación de una obra, que había obtenido las licencias necesarias y que marcaba entonces la ley; para que resulte cierto el adagio de que no hay hermosura

sin lunar, y para que las brillantes historias de los hombres más eminentes presenten algunas de sus hojas más ó menos empañadas. Tal vez los mejores deseos, el celo y buenas intenciones de este médico tan sábio como honrado, quizás razones de conveniencia, que no trasmitió la historia, le impulsasen á obrar con cierta precipitacion; pero la verdad del hecho se halla consignada en una obra publicada en aquella época y no desmentida por otra alguna. El ofendido se creyó en derecho para escribir, que D. Andrés Piquer buscaba fusiles como medio oportuno para defender sus dichos y opiniones, y se valia de las bayonetas como mejores argumentos, imitando á los mahometanos, que por orden de su profeta no defienden el Alcorán y sus máximas con la razon ni con la pluma, sino con la espada y la lanza.

La relacion de este acontecimiento consta en la segunda Memoria del Dr. Nicolau (*a*), en los siguientes términos: «Por
 »lo cual, dia 25 de Mayo del corriente año 1747 me causó gran
 »novedad el saber, que al lleno de mediodia un notario, escol-
 »tado de soldados con bayoneta calada, se echó en casa de Jo-
 »seph Tomás Lucas, impresor, y cogió de sorpresa las pruebas
 »y pliegos que iba imprimiendo yo, para manifestar la insub-
 »sistencia de los reparos y razones, que contra las doctrinas
 »de mi *Respuesta* dió el año pasado á la prensa el *Dr. Piquer*.
 »El cual con falso supuesto, ó informe ménos verdadero, al-
 »canzó el espresado auxilio militar para lo dicho del Superior
 »mal informado: porque si este hubiera sabido que la diserta-
 »cion que se imprimia, era mia, y que tenia la aprobacion y
 »licencias necesarias de los Superiores (que le presenté el
 »mismo dia para su desengaño), creo, que no hubiera condes-
 »cendido tan fácilmente á peticion tan descomunal é irregular.
 »Verdad es, que el *Dr. Piquer*, con este ruidoso hecho me

a «Disertacion histórico-crítica, con que se descubre directamente la
 »insubsistencia de las *Reflexiones críticas del Dr. D. Andrés Piquer, etc.*»
 Valencia 1747. Págs. 168 y 169.

»honra sobre mi mérito, aun sin querer ; porque con él dá un
 »público testimonio de que los groseros partos de mi corto
 »ingénio y los borrones de mi mal cortada pluma , son tan ro-
 »bustos, que solo puede hacerles frente y detener su curso con
 »el terror de los fusiles y fuerza de las bayonetas.... Estraño
 »capricho y desusado empeño: decir de cualquiera y contra
 »quien se le antoje cuanto le ocurra, en su impreso, y por otra
 »parte, como si sus *Reflexiones críticas* fueran texto canónico
 »de la Sagrada Escritura, pretender, que todos á boca y ojos
 »cerrados las veneren, aun en perjuicio de la verdad y de su
 »honor: y en caso de querer alguno dar salida á sus reparos,
 »gran parte aparentes, é impugnar sus resoluciones, salir
 »luego á la defensa contra el estilo de la escuela, no con la
 »razon y la doctrina, sino con el fusil y la bayoneta: como si
 »ser catedrático de medicina y autor de un papel fuera ser ge-
 »neral de un ejército, ó capitan de granaderos.»

Estas y otras razones, acompañadas de frases del mayor despecho y de un amor propio ofendido, se hallan condensadas en las páginas inmediatas; y envuelto entre sus apasionadas cláusulas se descubre un fondo de justo agravio, por la ligereza y las formas con que se procedió á la detencion del impreso. Las circunstancias atenuantes quedan ya espresadas ántes, y solo pudieran añadirse las que se deducen de la clase de polémica enojosa, que se entabló con empeño y se sostuvo tenazmente por los mejores médicos de Valencia; cuya descripción no corresponde á este lugar, siendo el más propio el destinado á la bibliografía. Entre tanto sabido ya el hecho con todos los detalles, que aparecen en la referida Memoria del Dr. Nicolau, únicos que nos conserva la historia de aquellos tiempos; voy á esponer la satisfaccion, única tambien que dá Piquer en las *Advertencias á los lectores*, que preceden al texto de su última obra de dicha polémica, intitulada: *Noticias del Parnasso sobre los escritos del Dr. Luis Nicolau, médico del Hospital general de la ciudad de Valencia y catedrático de prima en su Univer-*

sidad, comunicadas por D. Matias de Llanos, cirujano latino, al Dr. D. Andrés Piquer, en carta de 2 de Julio de 1748; donde se lee lo siguiente. «Tampoco se debe estrañar, que de orden superior se mandase suprimir la impresion de la disertacion del Dr. Nicolau el año pasado de 1747, porque como algunos de mis émulos, en el negocio de la hetiquez de Vicente Navarro, pusieron en práctica cuantos sacrificios han inventado la malicia y la venganza para maltratarme, y esto fué entonces harto notorio á todos, por esto quiso el Superior embarazar el que de nuevo se suscitasen las reyertas pasadas. Y sabiendo muy bien el Dr. Nicolau estas cosas, pudiera haber omitido las fanfarronadas y jactanciosas espresiones, con que en su disertacion publica este suceso.» No sé hasta qué punto podrá convencer el ánimo del lector lo espresado por el Dr. Piquer, y atenuar el hecho á que se refiere en las anteriores cláusulas, que á mi juicio no le dejan en el mejor lugar: solo me resta añadir, que de las inmediatas se deduce, que la detencion del impreso, aunque cierta é injusta, muy vociferada, se redujo únicamente á dos pliegos de una obra que tiene veinte y cinco, ó sean ciento noventa y seis páginas.

Continuando la biografía del Dr. D. Andrés Piquer, llevo al segundo y último período de su vida, sin duda el de mayor honra y lucimiento, que se estiende desde que salió de Valencia en 1751 para establecerse en la córte, hasta su fallecimiento ocurrido en 1772, ó sea un período de algo más de veinte años. Era muy apreciado en Valencia, donde contaba con las simpatías de su vecindario, alcanzadas por su relevante mérito, acertado y venturoso ejercicio de su profesion y las relaciones sociales y de parentesco, adquiridas durante veinte y cuatro años de permanencia en la edad más lozana y floreciente. Sin embargo, no se hallaba exento de émulos, y la misma brillante posicion que merecidamente consiguió y las encarnizadas polémicas que hubo de sostener, le acarrearón envidias y sinsabores, que le harian recibir con gusto la orden

de trasladarse á la córte, donde se le ofrecian más estensos horizontes, en que campease su superior inteligencia. En 28 de Agosto de 1751 espidió el Marqués de la Ensenada, Secretario de Estado de S. M., una Carta-Orden, para que D. Andrés sirviese el empleo de médico de cámara supernumerario; y trasladado á Madrid á primeros de Setiembre, se le comunicó que estuviera prevenido para cuando S. M. tuviese á bien llamarle para su asistencia, cuyo empleo juró en 17 de dicho mes. La Universidad de Valencia, que entre sus estatutos prescribe jubilar con todos los honores y emolumentos al catedrático de medicina, que cumple veinte años de enseñanza pública, creyó, que el destino de D. Andrés le hacia acreedor á la jubilacion de la cátedra que desempeñaba, la que le concedió en los mismos términos que previenen sus Constituciones, dispensando los años que le faltaban.

En el siguiente año 1752 concedió el Rey á D. Andrés el empleo de protomédico, que juró en 23 de Mayo de dicho año, comunicándole de paso, que sirviese tambien el de Vice-presidente de la Real Academia Médico-Matritense. Desempeñó los cargos de Juez y de Censor en el Tribunal del Real Protomedicato, esmerándose en la reforma de los exámenes y en el buen orden de algunas cosas, pertenecientes al consejo y gobierno de las causas de dicho tribunal. Tambien manifestó desde luego en la Academia Médico-Matritense sus deseos de promover el adelantamiento de las ciencias físico-médicas, pronunciando varias oraciones de suma erudicion y utilidad. Por espacio de quince años sirvió D. Andrés el empleo de Protomédico, cuya jubilacion solicitó á primeros de Mayo de 1766 por los achaques y quebranto de su salud; dignándose S. M. concedérsela con todos los honores y emolumentos. No obstante le reservó para su servicio y el de su Real familia en el empleo de médico de cámara, previniéndole al mismo tiempo, que en cosas consultivas no se negase á dar su parecer, cuando el tribunal tuviese á bien pedirle dictámen, «no entendién-

»dese de una continuada sujecion y siendo en cosas consul-
 »tivas;» pues así lo espresa la Carta-Orden fechada en 2 de
 dicho mes y año. Con esta jubilacion honrosa consiguió algun
 descanso, que aprovechó para adelantar la publicacion de sus
 escritos, repetir varias ediciones corregidas y continuar otros,
 que consideraba precisos para el adelantamiento de la facultad
 médica. A estas tareas se dedicaba en los momentos, que sus
 ocupaciones prácticas se lo permitian, y aun fué nombrado
 en el año 1770 por el Supremo Consejo de Castilla, uno de los
 censores en el concurso de oposicion á las cátedras de filosofia
 moral, lógica y fisica, fundadas en el Real S. Isidro de la
 córte, ocupacion muy digna de su erudicion y patriotismo.
 Habiendo empezado dichas oposiciones en el año siguiente
 1771, hubo de suspender su asistencia al concurso para desem-
 peñar otro servicio urgente, que se le cometió fuera de la
 córte, á donde regresó despues de algunos dias, continuando
 en las oposiciones hasta finalizar las propuestas, que se hicie-
 ron en lo restante del año.

En medio de un trabajo tan continuado y de sus no inter-
 rumpidas tareas literarias, nunca le faltaban á D. Andrés oca-
 siones de poner á prueba sus buenos conocimientos médicos,
 prestándose las á su práctica casos difíciles y de compromiso
 en personas de la Real familia y de elevada posicion social.
 En 1754 asistió á la enfermedad, de que murió el P. Fortunato
 de Brixia, escritor muy conocido en el orbe literario, á con-
 secuencia de una angina gangrenosa, que duró cuatro ó cinco
 dias y de quien estaban encargados los médicos de la Real
 cámara. En 1758 fué llamado D. Andrés para asistir á la última
 enfermedad de la reina Doña María Bárbara, esposa de Fer-
 nando VI, que se hallaba en Aranjuez, donde permaneció con
 el primer médico de S. M., D. José Suñol hasta el 27 de Agosto,
 en que falleció dicha señora, regresando luego á Madrid.
 Por el mes de Noviembre del mismo año, fué nuevamente
 avisado por el Sumiller Duque de Bejar para ir á Villaviciosa,

donde se hallaba indispuerto el rey D. Fernando, á consultar con los demas médicos que residian en palacio, sobre la enfermedad que padecia, terminada la cual se restituyó á la córte. Pero en 24 del mismo mes recibió nueva órden, para permanecer al lado de S. M. y continuar asistiéndole; lo que cumplió por espacio de más de ocho meses, que mediaron hasta el fallecimiento del Rey, regresando luego á Madrid con los demas asistentes. En 12 de Setiembre de 1760 recibió D. Andrés, por conducto del mayordomo mayor Sr. Marqués de Montealegre, una Real Orden para asistir á la reina Doña Maria Amalia, á cuyo lado se hallaban ya sus médicos y los de la Reina Madre; durando pocos dias este cometido, porque falleció S. M. el 27 del mismo mes. Igualmente recibió otra Carta-Orden, fecha 6 de Abril de 1771, por conducto del Sumiller Duque de Losada, para pasar á Aranjuez á prestar sus servicios con los demas médicos, al infante D. Francisco Xavier, que se hallaba en el cuarto dia de viruelas malignas, de cuya enfermedad sucumbió cuatro dias despues.

Todo lo que vive perece, cuya inexorable ley no eluden tampoco los grandes hombres; y en su consecuencia se acerca el término de la biografía, que acaba siempre por la muerte, no habiendo sido posible reunir mayor número de datos referentes á la vida particular de D. Andrés Piquer. No conoció otra distraccion, ni tenia más recreo, que los libros y el estudio del hombre enfermo, y utilizaba tanto el tiempo, que sin faltar á la práctica de la medicina ni al cuidado de su familia, leia, meditaba y componia obras preciosas para los que se dedican á la filosofía y á la medicina, de suerte que parecia nacido para el trabajo. Causa admiracion que pudiese soportar una vida tan molesta desde el momento que se hizo médico, dedicándose con ardor á la enseñanza, á la publicacion de muchas obras originales y al ejercicio penoso de su profesion, que empezó y continuó en grande escala. A la verdad no es esto para entendimientos cortos y distraidos;

pero el que nace para beneficio del comun en la república de las letras, ni carece del talento necesario para su cultivo y progresos, ni le falta el tiempo para emplearlo en cosas pertenecientes á la ciencia. Aun despues de jubilado por su edad y achaques, destinaba los ratos que le permitia el ejercicio de la facultad á la composicion de nuevas obras y á completar la edicion de algunas otras, no obstante el mucho quebranto de su salud, que iba tomando cuerpo á medida que se acercaba á los sesenta años de su edad. No conocia el descanso, puesto que lo cifraba en mayor trabajo: nunca dió cuartel al ócio; toda su vida es un modelo de actividad, y no parece sino que habia tomado por divisa la admirable máxima de Séneca: *Usque ad ultimum vitæ finem in actu erimus; non desinemus pro communi bono operam dare.*

Por otra parte, no era solo el excesivo trabajo el que minaba su preciosa existencia; tuvo ademas muchos disgustos, el más terrible veneno de nuestra vida y que fué empozoñando la de D. Andrés Piquer desde el principio de su brillante carrera profesional. Entre las contrariedades y amarguras que son, digámoslo así, las espinas que nacen entre las flores de los grandes ingénios, no fué la menor el innoble conato de sus émulos para desacreditarlo en la práctica, con el objeto de que perdiese la justa reputacion que se habia adquirido; y no se limitó á esto la envidia: se trataba de presentarlo al público como un objeto de menosprecio, señalándole como hijo de una familia judaizante. No hay naturaleza robusta y privilegiada, que pueda resistir los tenaces tiros de tan enérgicas causas morbosas; y con fundamento dicen Codorniu y La Rubia (a), que «el exceso en el estudio y los disgustos, que le ocasionaron algunos envidiosos, le acarrearón una grave dolencia, que le llevó al sepulcro.» En efecto, despues de agravarse sus achaques habituales á fines del año 1771, á mediados de Enero

a Comp. de la hist. de la Med. Tom. 2.º pág. 270.

del año siguiente se sentia ya muy delicado del pecho con unos porfiada, que duró algunos dias, hasta que en el 30 del mismo le sobrevino una calentura agudísima con los síntomas malignos de postracion de fuerzas y grave dificultad en la respiracion, manifestándose un catarro sofocativo ó pulmonía notha. A vista del riesgo que amenazaba, recibió el Santo Sacramento del Viático en el segundo dia de su enfermedad, y en el tercero la Estremauncion, dando muestras de aquel espíritu de religion y recta moralidad, que se observó siempre en sus acciones y se deja ver en sus escritos.

Finalmente, murió á principios del dia quinto de enfermedad, que se contaba el 3 de Febrero de 1772, á los sesenta años y tres meses ménos tres dias de su edad, y fué enterrado en el convento de Agustinos descalzos, llamados Recoletos, en Madrid, conforme á su disposicion testamentaria, donde se colocó una lápida que espresa estos antecedentes. La Universidad de Valencia, agradecida á los afanes y tareas de Piquer, y con el sentimiento de haber perdido un catedrático, que desde la corte se esmeraba en enseñar á los discípulos de aquella escuela, como cuando se hallaba en el ejercicio de su cátedra; correspondió á la memoria de este beneficio con unas exequias muy solemnes. En ellas pronunció la Oracion latina el Dr. D. Vicente Adalid, catedrático de Prima de Medicina y discípulo que habia sido del mismo D. Andrés; y luego se dispuso colocar su retrato en el Teatro literario, segun costumbre, que guarda dicha universidad con los hombres más eminentes en letras y en virtud. Los hijos de este sábio escritor, no ménos agradecidos á la buena educacion recibida de un padre tan singular, como á la instruccion de tan docto maestro, honraron su memoria legando á la posteridad su vida literaria y colocando sobre su sepulcro una lápida, cuya inscripcion latina, compuesta por el erudito D. Gregorio Mayans, íntimo amigo de D. Andrés, es como sigue:

D. O. M. S.
 HIC. REQUIESCIT. CORPUS
 ANDREÆ. PIQUERII. ARCHIATRI.
 PIETATE. DOCTRINA. ET. SCRIPTIS
 CLARISSIMI
 VIXIT. ANNOS. LX. MEN. II. DIES. XXVII.
 OBIIT. III. NONAS. FEBRUARIAS
 ANNI. MDCCLXXII
 PATRI OPTIMO
 FILII. GRATISSIMI. PP.

Para completar la biografía de D. Andrés Piquer voy á bosquejar su retrato físico y moral, según las noticias que he podido adquirir y principalmente las suministradas por su hijo D. Juan Crisóstomo. Era alto de cuerpo sin exceder de una mediana estatura, de pocas carnes, de un temperamento nervioso-bilioso, de un carácter muy melancólico y bien agestado: el aspecto severo de su rostro era al mismo tiempo simpático y su color denotaba claramente el predominio del humor, que los antiguos llamaron atrabiliar. A estas condiciones orgánicas y al excesivo estudio fué anexo el quebranto de su salud aun desde niño; y aunque no tuvo graves enfermedades padecía mucho del estómago, por lo que guardaba constantemente suma moderación en el uso de los alimentos; muy al contrario de la cabeza, por cuya robustez y firmeza nunca dejó de estudiar, ni de escribir. Le había dotado Dios de un talento singular y de ánimo grande; tenía una imaginación fecundísima, un ingenio vivo, pronto y eficaz, una memoria estensa, estable y firme, y lo que es más, un juicio muy recto y sólido, que era la parte de su entendimiento más sobresaliente, y que se dejó conocer con evidencia en sus escritos.

A tan relevantes dotes intelectuales se debieron principalmente sus adelantos en los estudios que emprendía, pues en honor de la verdad la enseñanza, que nuestras universidades

daban en aquellos tiempos, no era del mejor gusto, á juicio de críticos despreocupados. No hizo poco D. Andrés siendo un discípulo aplicado, que aprendía cuanto se le enseñaba, dando pruebas de su grande ingenio y memoria; pero pronto comprendió con su sobresaliente juicio lo poco que habia de bueno y lo mucho de impertinente y vano en cuanto le habian enseñado. Así es que concluidos los estudios se dedicó á la lectura de los autores antiguos y modernos, que escribieron mejor y más sólidamente; y por lo mismo solia decir repetidas veces en el discurso de su vida, que el verdadero uso é inteligencia de la latinidad, hubo de aprenderla despues, porque su maestro era buen gramático, pero no gran latino. Conociendo que la filosofía que se enseñaba entonces, léjos de instruir y amaestrar para pensar bien, solo servia para aprender el *arte de pregonar*, como de sí propio confesaba el célebre dean Martí, y que muchas de las materias que se trataban en las aulas de Medicina eran un agregado de disputas y cuestiones interminables; tuvo que emprender en su casa el estudio de cuanto carecia la enseñanza universitaria, auxiliándose de los mejores libros. De este modo se cultivó su gran talento y lo demostró muy pronto en los concursos de oposicion, en los que sobresalia por la mucha lectura de autores selectos, por su critica, ingenio, facundia y penetracion, dones con que la Providencia le dotó á manos llenas, aumentando con rapidez el buen concepto, que sus contemporáneos formaron de su laboriosidad y especiales conocimientos.

No era inferior el crédito que adquiria en el ejercicio práctico de la facultad médica, en la que se admiraban más su profundo juicio, suma prudencia y la recta aplicacion de las leyes generales á los casos particulares, en lo que consiste el pleno conocimiento del arte. Se concibe ménos este resultado recordando los diversos sistemas, que invadieron las escuelas, que nada conducian al alivio del enfermo, valiéndose algunos médicos obcecados de su falso brillo y seductores adornos,

para lucir en las conversaciones y en las consultas. Pero el claro talento de D. Andrés le dejó entrever desde muy joven esta verdad, y aunque afiliado al mecanismo, como medio de explicar teóricamente algunas cuestiones médicas, conoció luego á luego sus insustanciales bases, buscando otra enseñanza más positiva. Dedicado desde sus primeros estudios á la lectura de los príncipes y fundadores de la Medicina pronto echó de ver, que solo hallaba cierto en la asistencia de los enfermos lo que aprendía en ellos, como que lo basaron exclusivamente en la observacion y en la esperiencia. Desde entonces no dejó de las manos á Hipócrates, Galeno, Areteo y demas célebres médicos que han seguido sus pisadas, uniendo á sus observaciones las propias y gobernándose en un todo por lo que resulta del estudio de la naturaleza, que es la que enseña el verdadero camino para la curacion de las enfermedades. Además fué tambien muy inclinado á la lectura de aquellos tratados de medicina, que van mezclados con la moral cristiana y suelen llamarse médico-morales, como lo acreditan varios de sus escritos, y cultivó con el mejor éxito los estudios de erudicion, llegando á ser uno de los primeros críticos de su siglo.

El retrato moral de D. Andrés Piquer no desdice del intelectual, pues tuvo siempre un fondo estable de religion, fué de morigeradas costumbres, afable trato y de conversacion dulce y amena, con cuyas prendas se captó las mayores simpatías de la sociedad que frecuentaba. Su único recreo consistia en el estudio, pero ordenado y metódico, y en la constante observacion de las obras de la naturaleza, adoptando por máxima, que del mismo modo que la comida es alimento del cuerpo, la lectura é instruccion lo son del ánimo, y que se necesitan indispensablemente el uno y la otra para tener en este mundo una vida racional. A pesar del tiempo que invertia en la visita y tareas literarias, nunca dejó de la mano el gobierno de la casa y familia y la educacion de sus hijos, á lo

que no creyó debia ni podia faltar por muy ocupado en los demas negocios; muy al contrario de lo que suele suceder en los hombres dedicados á las letras, que por lo general son omisos y hasta descuidados en este particular, no ménos que en la política y en su limpieza y compostura del traje. Pero Piquer comprendió muy bien, que la verdadera sabiduría no consiste solo en el conocimiento de los deberes de ciudadano y padre de familia, sino que es menester ademas aspirar al cumplimiento de tales obligaciones; de modo que procure el sabio ejecutar por su parte lo mismo, que reconoce por el estudio serle obligatorio, y si no lo practica merece ménos disculpa que el ignorante, que está tanto más espuesto á errar cuanto carece del conocimiento de sus deberes.

No fué ménos cuidadoso de sus discípulos, para quienes era un verdadero amigo y consejero, enseñándoles á la par con la pluma y el ejemplo, y desempeñando el cargo de un diligente padre de familia, de un filósofo moral exactísimo y de un maestro público, á quien está confiada la enseñanza de la juventud; así es que los protegió decididamente, tratándolos como tales hijos. A este propósito debo ocuparme del Dr. D. Antonio Franseri, célebre por su valimiento y sabiduría, que fué en Madrid escribiente de D. Andrés y segun los historiadores su amigo y discípulo predilecto, que aprendió la doctrina y costumbres del maestro con sus lecciones y ejemplo. El mismo Hernandez Morejon (a) le titula *digno discípulo* de Piquer, «*que siguió su práctica por término de seis años;*» pero esas mismas cláusulas declaran la clase de discípulo que fué Franseri de Piquer, esto es de práctica y probablemente práctica de escritorio, pues la de enfermos ya debia ser muy reducida. Aun así ofrece dudas el número de seis años, que desde luego es exagerado, en cuya prueba aduciré; que nació Franseri en 4 de Diciembre de 1745 en Valencia, donde estudió y se doc-

a Ibid. pág. 135.

toró en Medicina, pasando despues á Madrid, donde consta que se hallaba en 1770, y que el Dr. Piquer murió el 3 de Febrero de 1772, á la edad de veintiseis años y dos meses de Franseri. Es, pues, muy dudoso, segun estas fechas, que fuese íntimo amigo de Piquer, y ménos pueden admitirse los seis años de discípulo, habiendo marchado Piquer de Valencia cuando aquel tenia poco más de cinco años, y no fué á Madrid Franseri hasta que concluyó sus estudios y se graduó de Doctor en Medicina, lo que debió suceder regularmente á los veintitres ó veinticuatro años. Luego solo resultan dos años, que Franseri pudo dedicar á llevar la pluma y aun seguir la práctica del Dr. Piquer; y en tan corto plazo no suele engendrarse una íntima amistad, especialmente con tal desigualdad de edades, y no constando ni parentesco, ni trato alguno anterior. Con la dilucidacion de este incidente insignificante, que ofrece escaso interés y únicamente he aducido como un ejemplo de los muchos, que se tratan en su biografía de un modo superficial y rutinario, doy por terminada la primera parte.